BOLSILIBROS BRUGUERA

SORTEO DEL MILLON

SERIE la conquista DEL ESPACIO

LAS ESTRELLAS MALDITAS

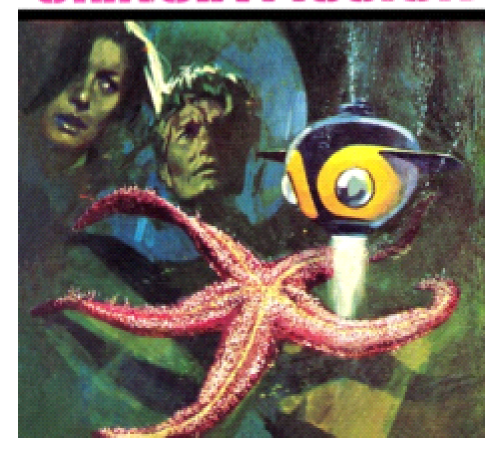
j. chandley

CIENCIA FICCION





CIENCIA FICCION





J. CHANDLEY

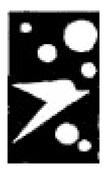
LAS ESTRELLAS

MALDITAS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n° 162 Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

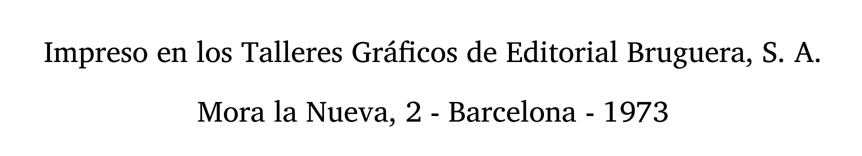
Depósito legal: B. 25.872 - 1973

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: setiembre, 1973

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)


Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

157. — El uranida, Peter Kapra

158. — La guerra de las lunas, A. Thorkent

159. — La nube de la muerte, J. Chandley

160. — Xenofobia, Curtis Garland

161. — Ruta desconocida, Marcus Sidereo

CAPITULO PRIMERO

La bahía refulgía con todo su esplendor y el contraste de las luces multicolores con las aguas que se mecían mansamente, invitaba a los bañistas a paliar el calor de aquella noche de verano.

Un grupo luminoso, destacando en intensidad de las demás estrellas, se fue agrandando vertiginosamente.

Nadie concedió la menor importancia a aquel hecho, puesto que era frecuente que surcaran el espacio un sin número de astronaves.

Inesperadamente todas las luces se apagaron y aquel paraje que momentos antes estaba tan iluminado que parecía casi de día, quedó sumido en tinieblas.

La confusión que se originó fue enorme y comenzaron a oírse lamentos, gritos de terror y todo el mundo huía despavorido en todas direcciones.

La mayoría corrían para librarse de no sabían qué, pero más tarde, cuando las luces volvieron a iluminar aquella zona, el panorama era desolador.

En la arena yacían muchos cadáveres, en su mayoría mutilados y un determinado establecimiento presentaba grandes destrozos.

En un lugar bien visible del establecimiento de recreo, estaba fijada una estrella de mar.

Quienes la vieron, el terror se plasmó en ellos, si es que cabía aumentarlo luego de contemplar aquel macabro espectáculo, gritando:

—¡La estrella maldita...! ¡La estrella maldita...!

La noticia corrió como la pólvora y todos querían abandonar aquellos lugares cuanto antes.

Los encargados de guardar el orden se multiplicaban en apaciguar a aquellos ciudadanos que parecían enloquecidos, sin conseguirlo de ninguna de las maneras.

Urgentemente pidieron refuerzos, pero fue inútil. Allí, incluso, se mataban por abrirse paso y alejarse cuanto antes de aquellos lugares.

El dueño del establecimiento lloraba de desesperación al contemplar los destrozos ocasionados y repetía:

—¡Malditos, malditos…! Y todo ha sido por mi culpa, por mi culpa…

Un hombre joven, alto y fornido, se les aproximó y le preguntó:

—¿Por qué dice que ha sido por su culpa?

El hombre le miró con desconfianza y contestó:

—¿Yo he dicho eso…? ¡Ni sé lo que me digo…! ¡Esos malditos lograrán trastornarme…!

—Pero vamos a ver… ¿Quiénes son esos malditos que ha mencionado?

—Lo ignoro, señor. Yo no sé nada, nada…

—Me da la impresión que usted sabe más de la cuenta y tendrá que decírmelo.

El hombre le miró aterrado y rehaciéndose preguntó airado:

—¿Y quién es usted para obligarme?

—Inspector James Lewes.

Pareció calmarse un poco aquel hombre al ver sus credenciales.

—Verá, señor… No puedo hablar…

James no se pudo contener y le soltó:

—Es una cobardía lo que están haciendo. Lo que ha sucedido aquí, es una exacta repetición de lo que se ha producido en otras partes. ¿Acaso no está enterado?

—Sí, pero…, no puedo decir absolutamente nada…

James Lewes intentó persuadirle:

—Le prometo que cuanto me diga será en carácter confidencial, su nombre no figurará en parte alguna. Es un cargo de conciencia el encubrir estos desmanes.

—Sí, le comprendo, pero ante todo está la seguridad propia.

—¿Qué garantía de seguridad puede tener desde el momento que

han atacado su establecimiento?

—Esto sólo es el principio.

—¿El principio de qué?

El dueño del local siniestrado sudaba la gota gorda. Se veía bien a las claras que su voluntad se tambaleaba.

—Mire, señor... Es que si digo lo que sé...

No concluyó la frase. Sus ojos se agrandaron y se llevó las manos a la espalda al tiempo que se desplomaba. Tenía clavado un cuchillo y la muerte fue instantánea.

James aún no pudo distinguir a un individuo que trató de escabullirse.

No lo dudó dos veces y se fue directamente hacia donde estaba.

Al verse descubierto, corrió lo más rápidamente que pudo hacia la orilla del mar.

El inspector le alcanzó cuando iba a meterse en el agua y se enzarzaron en una feroz lucha.

James, ayudado por su fortaleza y la práctica que tenía en el arte de reducir a la impotencia a quienes quebrantaban las leyes, de dos certeros golpes lo dejó sin sentido.

Iba con él arrastras cuando, sin saber de dónde, sonó un disparo y el detenido se estremeció, dejando de existir.

Entonces James reparó en una lancha que se alejaba rápidamente de la costa.

Se había quedado de nuevo con las manos vacías, sin poder tener un indicio que le indicara la pauta a seguir.

* * *

A la mañana siguiente se presentó de nuevo en el escenario de los acontecimientos y todo aquello estaba como si nada hubiera pasado, excepto los desperfectos del establecimiento, que ya estaban reparando.

En la fachada del mismo campeaba un cartel que decía:

«Adquirido por el Consorcio Asteroideo.»

In mente se dijo que la gente no se dormía y estaba a la espera para adquirir algo productivo.

Dejó aparte este incidente, puesto que lo que en realidad le interesaba a él era inspeccionar los alrededores de la pequeña bahía.

Se dijo que lo más apropiado para no despertar la curiosidad o llamar la atención, sería equiparse de bañador y alquilar una lancha.

Al atravesar la playa para dirigirse al embarcadero, no supo cómo, se vio de bruces en la arena y junto a una damisela, nada despreciable en tipo y belleza.

Esta, sonriente, le manifestó:

—¡Oh! Perdón. Al volverme he tropezado con sus pies...

—No tiene importancia...

Le contestó y al reparar que a consecuencia del encontronazo se habían esparcido por la arena objetos pertenecientes a la muchacha, se ofreció:

—Permítame...

Se dispuso a recopilarlos. Mientras tanto, la joven no quitaba la vista de James.

Este, por el rabillo del ojo, se dio cuenta de ello.

Cuando concluyó en la recogida de objetos, le preguntó:

—¿Los tiene todos...? Quiero decir si le falta algo de su pertenencia.

—Sí, sí; están todos. Muchas gracias por su amabilidad.

—Nada de ello. Quien tiene que estar agradecido soy yo, pues gracias a este pequeño incidente me ha dado la ocasión de conocer a una joven como usted.

—Muy gentil por su parte.

Comprobando que ella le seguía mirando de forma insistente, le preguntó:

—¿Sola?

Pareció que la chica esperaba la pregunta, puesto que contestó sin titubeos:

—Sí, sola.

Al tiempo que James se sentaba al lado de ella, preguntó:

—¿Me permite...?

—¿Por qué no? Ya se ha sentado y la playa es de todos.

Aprovechando que en aquellos momentos no había nadie próximo a ellos, James lo manifestó:

—Estupendo, Lesley. Pero en otra ocasión te ruego que no te excedas en dar tanta realidad. De poco me rompo el apéndice nasal.

—Las cosas hay que hacerlas bien desde un principio, jefe.

—Te he dicho mil veces que dejes de llamarme así. Me da la impresión que pertenezco a un clan de tahúres.

—Está bien, je..., digo James.

—Eso está mejor. ¿Dispuesta a seguir en la representación?

—De acuerdo. Adelante.

—Pero sin que lo tomes con tanta vehemencia. ¿Entendido?

—Entendido.

James Lewes, levantando la voz, le preguntó a la joven:

—¿Le gustaría dar un paseo en lancha?

—Bueno..., puesto que estoy sola...

—Pues en marcha.

La ayudó a recoger sus cosas y después a levantarla. Si sentada llamaba la atención, al ponerse de pie, su esbeltez resaltaba mucho más, con plena nitidez puesto que por todo adorno llevaba un dos piezas de los del tipo restringido en lo referente a la tela.

Un par de ojos femeninos, pertenecientes a una pelirroja que se hallaba tumbada a una prudente distancia de ellos, no perdía detalle de sus movimientos.

Cuando comprobó que se dirigían al embarcadero, hizo uso de un transmisor-receptor, indicando:

—La lancha número cinco.

Sólo eso. Luego guardó el aparato, se levantó para irse lentamente hacia el embarcadero.

James solicitó el alquiler de una lancha y el que estaba al servicio de las mismas, les condujo a la que llevaba el número cinco.

Subieron a bordo, pusieron el motor en marcha y James la condujo primero hacia el centro de la bahía, para luego enfilar hacia mar abierto.

James atrajo hacia él a Lesley y ésta protestó:

—Jefe, te estás sobrepasando.

—Anteriormente dijiste que las cosas hay que hacerlas bien y no hago más que seguir al pie de la letra tu indicación.

—Pero aquí no hay nadie.

—En efecto, no hay nadie pero imagina que alguien interesado esté fisgoneando con unos prismáticos.

—Esto es mucho suponer.

—Pero cae dentro de la lógica, así que, querida, no te queda más remedio que mostrarte sumisa.

La muchacha, con resignación, suspiró al decir:

—Bueno…, todo sea por el cuerpo…

—Y que lo digas. El tuyo no es nada despreciable, caramba.

—Me refiero al cuerpo que pertenecemos, majadero.

—Perdona, me he dejado llevar por la influencia de tu proximidad. Me estás poniendo nervioso y ya no sé lo que me digo.

—Pues esto tiene fácil solución. Un chapuzón y refrescas las ideas.

Y uniendo la acción a sus palabras, de un empellón James que se fue al agua.

Lesley, riendo a carcajadas, se hizo cargo de la lancha y evolucionó alrededor del improvisado bañista, diciéndole cuando

pudo contener la risa:

—¡Jefe...! Cuando te encuentres refrigerado, avisas para izarte a bordo.

—Cuando te coja, me las tienes que pagar. ¡Bruja...!

—Pues como no rectifiques, me parece que te vas a convertir en un cetáceo.

—Bueno..., retiro lo dicho.

—Siendo así, no tendré más remedio que «pescarte», jefe.

James iba a protestar por lo de jefe, pero estando en inferioridad de condiciones, decidió callarse.

Lesley amainó la velocidad y fue acercándose hasta parar junto a donde él estaba inmerso.

James hizo dos tentativas para subir a bordo sin lograrlo y Lesley, incauta, cayó en la trampa que le tendió su jefe.

Le alargó la mano para ayudarle y cuando James la tuvo bien cogida, se apoyó con los pies en el casco de la embarcación, dio un tirón y la muchacha se fue al agua lindamente.

La joven, resoplando por el inesperado chapuzón, balbuceó:

—Eres un traidor, jefe.

—Con que traidor, ¿eh...?

Y cogiéndola de la cabeza la hundió bajo la superficie.

Al momento emergió y antes de que él volviera a hacer lo mismo, la joven inspiró profundamente, buceó, agarrándole de los pies y tirando de él hacia abajo.

Mientras tanto la lancha, debido al impulso que imprimió James al tirar de Lesley para arrastrarla al agua, se fue alejando de donde ellos estaban.

Cuando se dieron cuenta de ello, ya se encontraban a una respetable distancia.

James le dijo:

—Tendremos que reservar nuestras energías para alcanzar la lancha.

—Te reto a ver quién llega antes.

—Hecho.

Nada más iniciar el braceo, una terrible explosión les sorprendió y la lancha voló hecha pedazos por los aires.

La onda expansiva alcanzó a donde estaban ellos y quedaron aturdidos por efecto de la misma.

CAPITULO II

James recobró más pronto la noción de cuanto había pasado y todavía alcanzó ver a Lesley que se estaba hundiendo.

Nadó todo lo rápido que pudo hacia donde ella estaba y cogiéndola por los pelos la sacó a flote para que respirara.

Le fue dando unos golpecitos a la cara para reanimarla, a tiempo que la llamaba:

—Lesley, Lesley... Responde...

La muchacha tiró agua de la boca, parpadeó y preguntó:

—Pero..., ¿qué ha pasado?

A lo que respondió James:

—Casi nada, que de no tener la idea genial de lanzarme al agua, a estas horas estaríamos sirviendo de carnada a los pececitos.

No se habían repuesto todavía del susto, cuando una lancha iba hacia ellos a toda velocidad.

Lesley indicó:

—Mira, ya vienen a por nosotros.

Pero James, al comprobar que no disminuía la marcha, tuvo un presentimiento y rápidamente le contestó:

—Sí, vienen a por nosotros, pero es para partirnos en dos. ¡Abajo!

Bucearon con toda rapidez y nada más desaparecer de la superficie, una sombra pasó por encima de ellos y sus cuerpos fueron zarandeados a consecuencia de los remolinos de la hélice.

Subieron a la superficie para renovar el aire en sus pulmones.

La lancha, debido a la velocidad que llevaba, estaba describiendo una amplia curva.

El lugar más próximo a ellos era el brazo rocoso de la parte izquierda de la bahía, según se mira hacia el mar abierto.

James le gritó a Lesley:

—Aprisa, a aquellas rocas.

Con desesperación se dispusieron a nadar hacia aquel lugar que representaba su salvación.

Pero de nuevo la lancha enfilaba su proa hacia ellos para atropellarles con su quilla.

Cuando ya estaba cerca de ellos, hicieron la misma operación, se zambulleron hacia la profundidad del agua y una vez hubo pasado, emergieron de nuevo dirigiéndose a la velocidad que les permitían sus fuerzas hacia el lugar que presentaba su única salvación.

La lancha atacante efectuó un reiterado intento por alcanzarles, pero ellos ya habían llegado a las rocas y tuvo que hacer un viraje brusco para no estrellarse contra ellas.

Jadeantes contemplaron cómo se alejaba y cuando creían que había desistido de sus intenciones, vieron que se acercaba lentamente.

James comprendió que sus intenciones eran desembarcar para poderlos atrapar.

La situación seguía siéndoles adversa. Aquel lugar era muy escarpado y no había escapatoria posible, a no ser que treparan por el acantilado exponiéndose a que se despeñaran.

Cerca de ellos descubrieron una cueva y James le indicó:

—Vámonos hacia allí, Lesley.

La cogió de la mano para ayudarle a subir unos riscos y sorteando los obstáculos que se les presentaban, llegaron a la abertura.

Dos hombres habían desembarcado e iban armados.

—Si nos metemos ahí nos van a pillar en una ratonera.

—No hay más remedio que aventurarse, Lesley. Por lo menos tendremos más posibilidades de ocultarnos que permaneciendo a la plena luz del día.

—Pues adelante, jefe.

Las olas batían aquella entrada y a esta dificultad se añadía lo resbaladizas que estaban las rocas.

Salvaron aquella zona peligrosa y se introdujeron hacia la negrura de su interior.

Vieron cómo aquellos dos individuos también franqueaban la entrada.

Con desesperación trataban de hallar alguna salida, pero aquí, a medida que se adentraban, estaba más oscuro.

Llegaron a un punto donde no podían ir adelante puesto que todo era pared.

Estaban perdidos, lo único que les quedaba era la defensa personal y contra aquellos individuos armados, poco podían hacer.

Así lo comprendió James y colocándose delante de Lesley, se aprestó al ataque... si le daban lugar a ello.

James, con el pie, tropezó con una piedra y se inclinó a cogerla para usarla como proyectil.

Los perseguidores descubrieron su posición e iban a disparar cuando sonaron dos detonaciones.

Instintivamente se agazaparon contra la pared y cuál no sería su sorpresa al ver aquellos dos cuerpos caer en el agua.

Se miraron extrañados, cuando una voz les dijo:

—¡Eh, vosotros! Venir a esta otra parte.

Fueron hacia aquel lugar en donde la cueva se ensanchaba y en cuyo centro flotaba algo.

Un hombre les esperaba con un arma en la mano. Le dio la mano a James, indicando:

—Seguir detrás de mí.

Caminaron por una especie de pasarela en dirección hacia aquello que flotaba.

Una vez llegaron allí, se oyó como si abriera una escotilla, invitándoles:

—Entrar por aquí. Cuidado, que hay unas escaleras. Ir descendiendo.

Sin una palabra se limitaron a seguir sus instrucciones y una vez

hubo penetrado aquel improvisado salvador, la escotilla se cerró y se iluminó el recinto.

Ante él tenía a un hombre joven, más bien de estatura baja, pero al que se adivinaba musculoso bajo su ceñida vestimenta toda de oscuro.

Su rostro denotaba nobleza y tras mirar la impresionante figura de Lesley, se presentó:

—Me llamo Goru, del planeta Estrilus.

James se vio obligado a presentar:

—Lesley y yo…

No le dejó terminar:

—Ya os conozco, James Lewes.

La muchacha y James se miraron extrañados, a lo que Goru aclaró:

—Aunque de distinta forma, nos une una causa común, el aniquilar a la banda de las estrellas malditas.

James no se pudo contener de preguntar:

—¿Y cómo sabes nuestros nombres y la misión que nos ha sido encomendada?

—Mi obligación es informarme de todo…

Contestó con una sonrisa, para añadir acto seguido:

—Al igual que os diré que la banda también está enterada de tus actividades, James.

—¡Vaya…! ¿Sabías también lo que nos iba a ocurrir? —inquirió James un tanto burlón.

—Aunque te parezca algo extraño, estaba enterado de la trampa que os habían preparado.

—Y de no ocurrir la circunstancia que Lesley me lanzó al agua, ¿qué hubieras hecho para impedirlo?

—Permanecí al acecho con mi nave submarina y antes de producirse la explosión os hubiera abordado.

—¿De qué modo te enteraste de lo que iba a suceder?

—Muy sencillo, controlando sus comunicaciones. Por eso supe, cuando os ibais al embarcadero, la bromita que os estaban preparando.

—A cualquier cosa denomina bromita. ¿No te parece, Lesley?

—Desde luego, y ésta no ha podido ser de las más pesadas. Tengo los pies sangrando.

Goru reparó en esa particularidad y se lamentó:

—¡Oh, cuánto lo siento...! Perdona en no haber reparado antes en ello.

Se dirigió hacia un botiquín y cogiendo unas cosas de allí, se volvió a Lesley:

—Siéntate, por favor.

La muchacha lo hizo y él mismo se dispuso a curarla.

Una vez terminó con ella, hizo otro tanto con James, quien se resistió al principio, para luego acceder.

—Lo único que siento es que ropa no os puedo ofrecer y tendremos que esperar un poco hasta que vayamos a por ella.

—¿Y por qué no vamos en seguida? —inquirió Lesley.

—Sería peligroso. Mirar.

Presionó un interruptor y una pantalla se iluminó apareciendo en ella una lancha que tripulaba una pelirroja ataviada con un dos piezas.

—¿Veis a esa muchacha? Pertenece a la banda y no dudaría un momento en disparar sobre nosotros. Está buscando a sus desaparecidos compinches o el veros aparecer.

—Pero bueno, con la nave submarina que dispones...

—Sucede que a la salida de la cueva no hay suficiente profundidad y se tiene que navegar por superficie y en este caso, como comprenderéis, quedaríamos al descubierto.

Las razones que adujo fueron convincentes.

Transcurrieron unos instantes en silencio, contemplando los tres la pantalla y viendo cómo aquella lancha iba y venía lentamente sin

apartarse de la entrada de la cueva.

En eso la muchacha manipuló en el salpicadero de la lancha y se la oyó expresarse en una jerga que tanto Lesley como James no entendieron.

Goru les aclaró:

—Está hablando en nuestra lengua. Os voy a poner el traductor. Escuchad lo que dice.

«He dicho que vengáis en seguida. De ahí dentro no pueden escabullirse. Traer reflectores. Os espero aquí por si salen y abatirlos. Corto.»

James comentó:

—Caramba con la niña... No se anda en contemplaciones...

—Se ha convertido en el espíritu maligno de la banda... Antes no era así, toda ella era bondad y buen corazón.

—¡Ah! ¿Pero también la conoces?

—Y tanto... Estuvimos a punto de asociarnos.

—¿En algún negocio? —inquirió Lesley.

Goru sonrió y aclaró:

—En cierto modo. Vosotros llamáis matrimonio; nosotros asociación procreativa.

James Lewes sonrió al decir:

—Sí, a fin de cuentas, viene a ser lo mismo.

En la pantalla se vio cómo se acercaba una nueva lancha y cómo la pelirroja les indicaba la entrada de la cueva:

—Allí es. Andar prevenidos, no os vayan a sorprender.

Ella quedó fuera a la expectativa y los recién llegados se fueron aproximando a la entrada y con un reflector de gran potencia.

Lesley preguntó:

—¿Nos descubrirán?

—No hay que temer por ello. Este lugar es profundo y no darán

con nosotros. Ya hemos descendido a zona de seguridad.

En la pantalla se veía cómo la lancha se iba adentrando rebuscando por todos los rincones.

El traductor entró de nuevo en funciones:

—Zila, por aquí no se ve nada.

—Seguir buscando. No han podido esfumarse, ¡imbéciles!

Goru aclaró:

—Zila es la que está fuera, la que manda.

—¡Ya...! ¿Y por qué esa transformación en ella, si como dices era buena persona?

A la pregunta de James, la respondió Goru:

—Reacciones incomprensibles de la mente humana o el despertar bruscamente de los malos instintos. Todo empezó porque juzgaron y ejecutaron a un hermano suyo componente de la banda y confeso de varias atrocidades.

Lesley comentó:

—Sí, suele suceder esto en mentes retorcidas.

—Por más que traté de convencerla que se hallaba en un error, que se había procedido con toda justicia, no hubo fórmula de hacerla desistir. Más tarde me enteré que huyó con ellos aquí a vuestro planeta.

—¿Y qué finalidad persiguen?

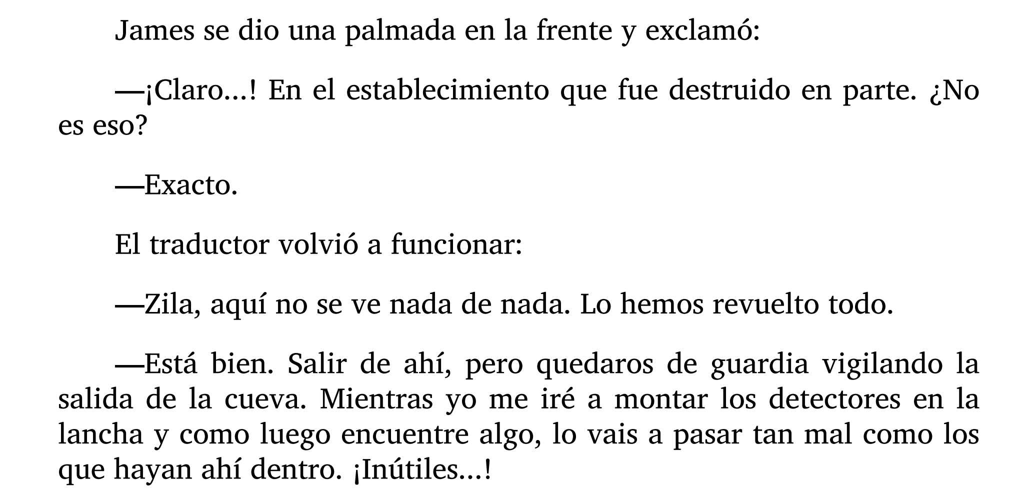
—La de constituir su imperio sin reparar en medios. El matar, el destruir, les tiene sin cuidado. Se creen invencibles con el apoyo de los asteroideos.

James se quedó pensativo y preguntó más bien para él:

—¿Asteroideos...? Yo he leído ese nombre en alguna parte, fuera de la zoología, naturalmente.

Goru esbozó una sonrisa amarga y le aclaró:

—Claro que lo has leído, y no muy lejos de aquí. A ver si te suena: «Consorcio Asteroideo».



James se dio una palmada en la frente y exclamó:

—¡Claro…! En el establecimiento que fue destruido en parte. ¿No es eso?

—Exacto.

El traductor volvió a funcionar:

—Zila, aquí no se ve nada de nada. Lo hemos revuelto todo.

—Está bien. Salir de ahí, pero quedaros de guardia vigilando la salida de la cueva. Mientras yo me iré a montar los detectores en la lancha y como luego encuentre algo, lo vais a pasar tan mal como los que hayan ahí dentro. ¡Inútiles…!

Y vieron cómo una lancha se alejaba y la otra, siguiendo las instrucciones recibidas, se quedaban de guardia.

Goru comentó:

—La cosa se pone fea. Tendremos que salir de la madriguera o de lo contrario nos cazarán aquí dentro.

—Pero tú has dicho que para salir al exterior tendrás que emerger.

—Sí, Lesley, eso he dicho y es así. De modo que no habrá más remedio que hacer frente a la lancha que está de vigilancia. Si queréis os podéis quedar. Con un poco de suerte los mando a pique y luego vuelvo a por vosotros.

—De ninguna de las maneras. Nosotros vamos contigo. ¿No, James?

—Naturalmente, correremos todos el riesgo. Puesto que nos has salvado una vez, confiamos en que tengamos la misma suerte en esta otra.

—Gracias por vuestra confianza. Esperemos que todo salga tal como deseamos.

—Pues en marcha.

—No, esperemos un rato más. Hasta que vuelva Zila, pasará cierto tiempo y esto servirá para que los vigilantes se confíen y en el momento oportuno, nos escabulliremos.

—¿Y si nos descubren?

—Peor para ellos. No nos quedará más remedio que actuar contra ellos.

—De acuerdo, lo que tú digas. Y volviendo a lo del Consorcio Asteroideo, ¿qué ibas a decirme?

—Que es, ni más ni menos, bajo ese nombre con el que se encubre la banda de las estrellas malditas, tal como ya la denominan la gente.

Intervino Lesley:

—Pues según tengo entendido, el Consorcio Asteroideo ya ha adquirido muchos locales en este litoral.

—Y los que conseguirá en lo sucesivo.

—¿Por qué tienes esa seguridad, Goru?

—Por ser su sistema. Invitan al dueño a que les venda el local a un precio ínfimo. Se niegan, les presionan en destruirlo o lo amenazan con quitarle la clientela o darle muerte. Establecen una vigilancia y si se va de la lengua, no dudan en liquidarle.

—Esto es abusivo.

—Algunos, prudentes o cobardes, como queráis llamarlos, acceden a sus pretensiones, lo venden y luego perciben una módica cantidad a título de gracia, pero en realidad es para controlar su silencio.

—¿Y qué fin persiguen con ello? —inquirió Lesley.

—Es fácil de presumir, ir adquiriendo dominio y capital para mantener todo su tinglado. Ahora en un principio será por la costa, pero más tarde se irán extendiendo por el interior.

Por la pantalla vieron que aquellos que permanecían de guardia estaban más bien distraídos al cabo de un rato de ausentarse Zila.

Goru sólo dijo:

—Vamos a intentar salir.

CAPITULO III

Fueron emergiendo lentamente, para luego ir avanzando hacia la salida de la cueva.

Los guardianes que permanecían en la lancha estaban charlando animadamente entre ellos, sin acordarse de la misión que les tenía allí.

En la entrada de la cueva, una masa negra fue aumentando de tamaño hasta ocupar todo el espacio y ya estaba medio fuera, cuando uno de aquellos hombres, les gritó á sus compañeros:

—¡Eh…! Mirar eso…

Se volvieron y en ellos se reflejó el pánico y este mismo miedo hizo que comenzaran a disparar contra la nave submarina.

Afortunadamente, no llevaban un armamento apropiado para poder dañar a la nave y los proyectiles rebotaban en el casco de la misma.

Goru fue avanzando hacia ellos con la intención de volcarles la embarcación.

Obsesionados en conseguir esto, no se dieron cuenta que una lancha se aproximaba a toda velocidad y sin tener en cuenta que en línea estaba la lancha que quedó de vigilancia, disparó una andanada.

Quedó corta en sus cálculos y dio de lleno en la lancha de vigilancia que saltó por los aires con sus ocupantes.

James le dijo a Goru:

—Se nos va a echar encima.

—Esto es lo de menos, el casco resistirá. Lo peligroso es que nos alcance con un proyectil.

Dio la máxima potencia a los motores para salir de aquella situación comprometida en que se hallaban.

Las distancias se iban acortando y de aquella lancha no cesaban de disparar.

El sumergible, una vez pasada aquella zona de salida de la cueva,

comenzó a hundirse y por lo tanto disminuyendo el blanco que presentaba en un principio.

No obstante, los proyectiles iban cayendo a su alrededor.

En aquellos momentos, hizo acto de presencia un guardacostas y la lancha atacante cesó en sus disparos puesto que se había colocado en línea con ellos.

Lesley suspiró aliviada, manifestando:

—Menos mal...

—No creáis que estamos seguros. Precisamente ahora es cuando más peligro correremos si no logramos salir de la bahía y alcanzar un refugio que tengo previsto fuera de ella.

—Pero es un guardacostas de la marina, Goru —adujo James.

—No importa. Zila inventará cualquier patraña para que nos capturen o destruyan, más bien lo último. Además, no me extrañaría que a la mayoría los tuviera comprados.

—Eso es aventurar mucho, Goru.

—James…, creo que ya os he dicho que ellos no paran en medios para conseguir sus fines y los humanos, hasta que no se les tienta, se ignora el límite de su ambición.

La lancha tripulada por Zila se paró al lado del guardacostas manteniendo una conversación con los ocupantes de la misma.

Goru acertó en lo que dijo, puesto que al poco rato el guardacostas se puso en movimiento.

Menos mal que Goru aprovechó este intervalo para dirigirse con toda rapidez hacia la salida de la bahía.

—Ahora será difícil que nos localicen.

—Lo siento por los hombres que han volado por el aire...

—No lo lamentes, Lesley. De todos modos, hubieran sido ejecutados...

Quedaron en silencio un buen rato y tras sortear una zona rocosa, emergieron en un lugar perfectamente cubiertos por una cornisa, lo que hacía imposible que les descubrieran desde arriba.

—Bien, éste es uno de mis refugios de emergencia. Lo único que siento es que tendréis que dilatar el ir a por vuestras ropas.

—Por mí no te preocupes. La temperatura aquí es buena. Lo siento por Lesley...

—Tampoco tenéis que preocuparos de mí. No soy friolera.

—Pues entonces no hay problema. Incluso si queréis, podéis bañaros. Aquí estáis a cubierto de miradas indiscretas.

—En lo referente a mí, por si acaso, no quiero tener más experiencias acuáticas. Si Lesley quiere bañarse, puede hacerlo.

—No, jefe; a mí tampoco me apetece.

—Esperaremos que anochezca y entonces podréis ir a por vuestras pertenencias sin peligro alguno.

* * *

Ya había anochecido y el sumergible de Goru se puso en movimiento, rumbo a la bahía.

Eligieron un lugar menos iluminado y varó la nave en la misma arena.

De su interior salió una pareja de bañistas que luego fueron caminando enlazados por la orilla.

Lesley le dijo:

—Oye, jefe. ¿Crees necesario que me lleves tan cogidita...?

—Claro, las parejas de enamorados abundan tanto por el lugar que no llaman la atención.

—Pues en cuanto a eso, la treta de irte con una chica a dar un paseo en lancha, de poco te ha valido.

—En efecto, pero me encuentro más a gusto así.

—Lo que tú eres es un fresco que te aprovechas de la jerarquía.

—Ni mucho menos, querida.

—¡Huy...! Demasiada amabilidad.

Se aproximaban al local donde habían dejado sus pertenencias y James reparó con unos individuos que no le merecían confianza.

Hizo virar bruscamente a Lesley y la llevó hacia un lugar oscuro.

—¡Eh...! ¿Qué es eso, jefe? ¿Te coje muy a menudo?

—¡Calla! No podemos ir a por nuestras ropas.

—Pero ¿por qué?

—Mira aquellos individuos que están a la entrada del establecimiento. Es evidente que están esperando a alguien y bien pudiéramos ser nosotros.

—Pues sí que estamos arreglados. Menos mal que no hace frío, de lo contrario ya estaría con una pulmonía.

James no hizo caso de sus palabras, diciendo:

—Intentaremos ir por la parte posterior.

Se dirigieron hacia allí, pero dos individuos, con poco disimulo, vigilaban también aquella entrada.

En aquellos momentos apareció Zila, la pelirroja, y para que no le viera, James se volvió rápidamente y abrazó y besó a Lesley.

La muchacha de momento se quedó quieta ante aquella inesperada muestra de afecto de su jefe, pero luego trató de librarse de él.

—¿No crees que te excedes un poco demasiado en tu papel de enamorado?

—Para un enamorado, todos los excesos de esta índole siempre saben a poco.

—No me hagas reír. ¿Tú enamorado...?

—¿Y por qué no?

—¡Me extraña...! Venga, ahora mismo me vas a decir por qué has hecho esto.

—En ocasiones me doy cuenta que tus lindos ojazos sólo los tienes para adorno. ¿No has visto que la tal Zila estaba hablando con sus esbirros?

Lesley, desilusionada, sólo dijo:

—Ya decía yo…

—¿Qué querías…? ¿Que me viera la cara esa que parece haberla tomado conmigo…?

—¿Pues sabes lo que te digo, jefe?

—¿El qué, querida?

—Que de poco te ha valido el disimulo. Detrás de ti tienes a la tal Zila con dos de sus esbirros.

James la soltó con toda rapidez y se volvió preparado al ataque.

Pero allí detrás de él no había nadie.

Lesley soltó la carcajada al ver su cara de extrañeza y él, indignado, preguntó:

—¿Por qué has hecho esto?

—Hijo, estabas pegado a mí como una lapa y no se me ha ocurrido otro medio para salvar mi integridad física, puesto que me estabas estrujando de mala manera.

—Te advierto, Lesley, que como me vuelvas a hacer una de las tuyas, te voy a azotar sin consideración a tu edad, sexo y hermosura.

—Lo tendré en cuenta, jefe.

—¡Cuernos…! Te he dicho mil veces que no me digas jefe. Tengo un nombre, ¿no?

—Sí, James.

—Esto está mejor… Bueno, me parece que tendrás que ir tú a por la ropa de ambos. Si esos me ven, me sacuden y la idea, francamente, no me gusta.

—¿Y qué pretendes, que reciba yo por ti?

—Ni mucho menos, mujer, y aunque bonita, no te concedas tanta importancia. Por quien están interesados es por mí… Ya ves las paradojas de la vida, con lo feo que soy se han empeñado en que sea su preferido…

—Si pretendes coaccionarme a que regale tus oídos, estás listo. La verdad es que te has catalogado muy bien.

—Bueno, nena, si no te decides a ir a por las ropas, tendremos

que buscarnos un paraíso para los dos solitos, como nuestros primeros padres o una selva para emular a Tarzán y su compañera, que, dicho sea de paso, iban más abrigados que nosotros.

—Bien, pues allá voy.

James ahora, poniéndose muy serio, le recomendó:

—Ten cuidado, Lesley. Toma la llave de mi cabina. Antes de dirigirte a ella observa si te vigilan y en caso afirmativo, no te acerques ni en broma.

—¿Y qué vas a hacer sin ropas?

—Pues no tendré más remedio que despojar a algún incauto y luego remitirle sus pertenencias.

—Esperemos que no tengas que recurrir a ese extremo.

Y se fue hacia el establecimiento para vestirse y recoger las ropas de James.

Mientras, éste permaneció oculto esperando el regreso de su compañera y agente Lesley Valley.

Esperó un tiempo prudencial y calculaba que ya no debía de tardar.

Y, en efecto, no tardó en aparecer, pero acompañada de dos hombres y de la pelirroja en cuestión.

Se indignó consigo mismo por haber cometido aquel fallo tan garrafal de mandar a Lesley sola. Si habían espiado sus movimientos, lo lógico es que la reconocieran.

Por allí no había agentes a quienes acudir y por otra parte, hubiera sido una pérdida de tiempo el convencerles de su identidad.

Entonces una idea le vino a la mente y echó a correr a tiempo que se decía:

—Si al menos Goru todavía permanece en donde nos ha dejado...

Se fue hacia donde les había desembarcado tratando de descubrir la nave en la oscuridad.

Nada veía y aun exponiéndose a que fuera descubierto, si por aquel lugar hubiera algún enemigo, gritó.

—¡¡Goru…!! ¡¡Goru…!!

Esperó un poco. El murmullo de las olas, aunque no muy intenso, podía contribuir a amortiguar un tanto su voz, por lo que decidió repetir la llamada:

—¡¡Goru…!! ¡Goru…!!

Un rápido destello apareció ante él, a tiempo que respondían:

—¡Aquí…!

Se adentró en el agua y divisó la masa oscura del sumergible.

Goru le reconoció, preguntándole:

—¿Qué pasa, James?

Tan pronto como puso los pies a bordo, le manifestó:

—¡Pronto…! Han capturado a Lesley. Se la llevado camino del embarcadero.

—¿Quién?

—Esa Zila y dos de sus secuaces.

—¿Y cómo ha sido?

—Al ir a por sus ropas y las mías.

—No debiste de consentirlo.

—Me he dado cuenta de ella demasiado tarde. Creí que no la reconocerían.

—En fin, no te preocupes. La liberaremos.

James confirmó casi airado:

—¡Claro que la liberaré! Aunque en ello me vaya la vida.

Goru esbozó una sonrisita, para luego inquirir:

—¿Estás enamorado de ella?

La contestación de James fue espontánea:

—Sí, lo estoy.

Mas luego, recapacitando, le advirtió.

—Pero no se lo digas a ella. Por llevarme la contraria es capaz de decir que no.

Goru sonrió y con nostalgia, le tranquilizó:

—Puedes estar seguro que guardaré tu secreto. Desde luego, la muchacha vale la pena... No me importaría quitártela.

—¡Hombre, me gusta tu desfachatez...! Pues no lo intentes porque soy capaz de sacarte los ojos.

—No padezcas, James. Es broma.

—Y lo mío también, hombre...

La nave ya se había puesto en movimiento, para luego enfilar hacia el embarcadero.

Por el muelle divisaron el grupo formado por Lesley y sus aprehensores.

La nave se deslizaba silenciosa, entre dos aguas para no ser notada su presencia.

A medida que se fueron acercando al embarcadero, la velocidad fue disminuyendo y Goru la situó en un lugar donde pudieran ver a la perfección en cuál embarcación subían.

Se colocó en un punto que cualquiera que fuera la ruta que emprendieran, serían interceptados.

Los dos estaban pendientes de los movimientos de aquel grupo y comprobaron cómo obligaron a Lesley a que subiera a una lancha.

El embarcadero formaba un pequeño puerto rudimentario para mayor facilidad de sus usuarios y también seguridad de sus embarcaciones en casos de temporal, poco frecuentes por las defensas naturales de la misma bahía.

Goru le preguntó a James:

—¿Tienes planeado algún método de rescate?

—Precisamente en ello estaba pensando. Si contáramos con una red de contención, la fijábamos en la bocana del puertecillo de embarcaciones de recreo y...

Goru no le dejó terminar:

—¡Magnífico! Excelente idea la tuya. No tengo precisamente una red, pero sí llevo unos cables que los podemos utilizar y con idéntico resultado.

—¡Estupendo! Manos a la obra.

—Ahora..., que tendrás que remojarte.

—No importa. Estoy dispuesto a ello.

Rápidamente Goru se fue a por los cables y apareció de nuevo con dos rollos, indicándole a James:

—Uno lo sujetas a nivel del agua y el otro a medio metro sobre dicho nivel. Los otros extremos yo los tensaré con ayuda de la nave.

—De acuerdo.

James se deslizó silenciosamente hacia un extremo de la bocana del pequeño puerto y sujetó los cables, tal como le dijo Goru, en unas columnas que servían de sustentación al tinglado.

Cuando hubo terminado su tarea, con un susurro de voz le manifestó:

—Ya está.

—Pues sube a la nave.

Así lo hizo y se trasladaron a la otra parte de la bocana. Allí la labor fue más ardua, pues tuvo que pasar ambos cables por las columnas y darles una vuelta, de forma que el extremo quedara sujeto a la nave submarina y ésta tirara de ellos para mantenerlos a la mayor tensión posible.

Entretanto, la lancha todavía no había iniciado movimiento alguno. Permanecía aún amarrada, por lo que dedujeron que debían de esperar algo.

Esto les facilitó la labor a James y a Goru para asegurarse de que su plan tuviera los resultados apetecidos.

CAPITULO IV

La tensión iba subiendo de tono y aquello ya se alargaba más de lo que esperaban.

La explicación la tuvieron momentos más tarde cuando captaron:

—El hombre no aparece por ninguna parte, Zila.

—Pues no puede andar muy lejos, puesto que su ropa todavía está en el establecimiento y se la iba a llevar la chica. Así que buscar por los alrededores —les contestó airada Zila.

—Ya hemos hecho cuanto indicas y por aquí no hay nadie con bañador.

—¡Sois un hatajo de inútiles! Los otros también dijeron que no había nadie en la cueva y han pagado con el pellejo su ligereza. Ya sabéis lo que os quiero decir...

—Haremos lo que tú digas, pero me da la impresión que el pájaro ha volado.

—Nadie te ha pedido opiniones. Nos vamos al atolón con la chica. Si le capturáis, traérmelo allí.

—De acuerdo. Así lo haremos.

Vieron aparecer de nuevo a Zila que subía en otra lancha y por sus ademanes, comprendieron que les daba orden de partir a los dos hombres que llevaban a Lesley.

James comentó con Goru:

—Si esa Zila viene con la otra lancha, se nos van a complicar un poco las cosas.

—Sí, desde luego. ¿Sabes dónde para el atolón?

—Naturalmente. Allí pensaba ir con Lesley cuando estalló la lancha.

—Por lo que se desprende que sabes muchas cosas de ellos. ¿Me equivoco?

—No, hace tiempo que les estoy siguiendo los pasos.

—Entonces queda claro el interés de Zila en liquidarte o apresarte.

—Es lo que supongo.

Las lanchas fueron adquiriendo velocidad y Goru, con ayuda de la nave, mantenía tensos los cables.

—James...

—Dime, Goru.

—Tendrás que estar listo para advertir o recoger a Lesley.

—Lo estaré.

—De la lancha que lleva Zila, no te preocupes. En caso necesario, ya me ocuparé de ella.

—Gracias, Goru.

Ya las lanchas navegaban a toda velocidad y el choque con los cables que habían tendido era inminente.

En efecto, el choque fue espectacular. Los ocupantes de la primera lancha saltaron por la proa despedidos hacia el agua a tiempo que James, gritaba:

—¡Lesley, nada hacia la izquierda...!

De todos modos, por si no le hubiera oído, él también se lanzó al agua y con potentes brazadas se fue hacia donde había «amerizado» Lesley.

La lancha en que iba Zila, seguía a la primera unos metros atrás y al darse cuenta de lo que ocurría, frenó su veloz carrera.

Pero aun así, no pudo evitar el choque con los cables y aunque no salió despedida, fue evidente que del encontronazo quedó un tanto conmocionada.

James alcanzó a Lesley, a quien animó:

—Venga, aprisa. Hacia la izquierda.

La muchacha reaccionó y comenzó a bracear.

Lo malo fue que los dos esbirros de Zila hicieron lo propio y no

eran malos nadadores.

Uno de ellos estaba a punto de alcanzar a Lesley, por lo que James se interpuso entre los dos y logró alcanzarle de un puñetazo en plena barbilla, por lo que le frenó en sus propósitos.

Lesley ya había alcanzado la nave submarina y Goru la ayudaba a introducirse por la escotilla.

Pero en el momento que James se detuvo para hacer frente al que estaba a punto de atrapar de nuevo a Lesley, permitió que el otro se acercara a él entablando una feroz lucha.

Buscó primero por las aguas y alcanzó a ver a un hombre que se hundía.

Prosiguió la búsqueda tratando de localizar a la chica y al otro hombre, pero no vio nada más.

No pudo ver que James estaba luchando con uno de sus compinches porque el brazo izquierdo del puertecillo los tapaba.

A James le resultaba un hueso duro de roer aquel individuo. Intentó despegarse varias veces de él y otras tantas le atrapó.

Por fin logró alcanzar la borda de la nave y contando ya con un punto de apoyo, al aproximarse el otro le pudo propinar un golpe que surtió los resultados apetecidos.

En este preciso momento, Zila localizó la torreta de la nave submarina y en ella a Goru.

Sonó una detonación seguida de otra en que el reflector se apagó.

Acto seguido los proyectiles zumbaban alrededor de la torreta o rebotaban en el mismo casco.

James dio la vuelta a la nave y por la parte opuesta al puertecillo, se encaramó hacia la torreta.

Goru estaba allí tumbado.

James, sin pérdida de tiempo, lo introdujo por la escotilla.

Lesley, todavía chorreando, se hizo cargo de él, mientras James procedía a cerrar la escotilla.

Posteriormente se libró de los cables que sujetaban la nave y en inmersión fijó rumbo hacia la salida de la bahía y dirigirse hacia el

refugio al que les condujo Goru al salir de la cueva.

Por la pantalla vio a Zila, que sin hacer caso de sus maltrechos secuaces, se libraba de los cables que todavía retenía su lancha y se disponía a la persecución,

James recordaba que había instalado a bordo aparatos detectores, por lo que temía que pronto los localizaría.

—¿Cómo está Goru, Lesley?

—Sigue sin sentido. El proyectil le ha atravesado el hombro cerca del cuello. Le he tapado la herida.

—Bien hecho. Mantenlo quieto y luego lo examinaré. Y tú, ¿cómo te encuentras?

—Indignada. Hubieras podido avisarme. De saberlo, ya iba bien con el dos piezas. Ahora aquí me tienes hecha una sopa.

—La solución la tienes en tu mano. Te la quitas y la pones a secar.

—Te olvidas de un detalle, que no practico el desnudismo, rico.

—¡Cuidado que eres mal pensada...! Te colocas el dos piezas que llevabas y en paz.

—No con tanta paz, puesto que tendría que ir a por él a la lancha y si lo hago sería en plan de guerra.

—¡Ah, vamos...! Siendo así...

—Siendo así no tengo más remedio que fastidiarme. ¿Es eso lo que ibas a decir?

No le dio tiempo a contestarle puesto que una explosión conmovió la diminuta nave submarina.

—¿Qué es esto, James? —inquirió asustada Lesley.

—Tu «amiguita» Zila que te echa de menos...

James navegó en zigzag a tiempo que adquiría mayor profundidad.

Otras explosiones se sucedieron, aunque la repercusión de éstas fue menos intensa, por lo que James comentó:

—Bueno, al menos por el momento, la hemos despistado.

James Lewes tenía la graduación de capitán en el ejército, habiendo prestado sus actividades en una rama de especialistas a los que se les adiestraba a pilotar cualquier nave aérea o submarina, aparte de otros vehículos mecánicos.

Por eso aquello se lo encontraba hecho y supo burlar las intenciones de Zila.

No le costó mucho trabajo llegar al refugio y una vez allí, con toda tranquilidad, se dedicó a atender a Goru.

Este abrió los ojos y al verles sonrió con satisfacción musitando débilmente:

—Menos mal… Estáis aquí…

—Sí, gracias a ti, Goru.

Le manifestó Lesley a quien James había puesto en antecedentes de lo ocurrido.

—No te fatigues en hablar, Goru —le recomendó James.

El hizo un gesto con la mano, para luego, con toda tranquilidad decirle:

—Lo mío no tiene remedio, James.

—¿Por qué dices tal cosa?

—No siento nada y esto es un síntoma grave.

—Deja de decir tonterías. Te voy a hacer una primera cura y luego te llevaremos a que te atiendan mejor.

—No te molestes, James… Me siento morir y antes he de decirte muchas cosas.

—Ya me las dirás cuando te hayas recuperado.

—Agradezco tu buena intención. La muerte no me espanta, más bien la considero una liberación.

—Pero, ¿quién habla de muerte? No te pongas tétrico, que no hay para tanto.

—He de hablarte, James… Siento que la vida se me escapa…

—Bueno, si esto te tiene que tranquilizar, adelante.

—En el atolón tienen su centro de operaciones.

—Lo sé, Goru.

—Ten cuidado, aquélla es una fortaleza inexpugnable y el que entra allí, ya no sale.

—Lo imagino.

—Tienen secuestrado a un científico de nuestro planeta... Libérale... Es un anciano muy bueno, amante de todas las cosas del mar...

—Sí, lo haré.

—No me interrumpas, por favor...

—Te escucho.

—Si te ves en dificultades, en el atolón está Turso, un fiel amigo... Puedes confiar en él. Le reconocerás porque le falta el dedo meñique de la mano derecha...

—En caso necesario, recurriré a él.

—Al científico lo tienen engañado... El cree de verdad que sus secuestradores son colaboradores de la ciencia...

Lesley, con pena, contemplaba a aquel muchacho que tan bien se había portado con ellos, hasta el extremo de ofrendar su vida.

—Si alguna vez veis a Zila, decirle lo mucho que he lamentado que tomara ese camino... Pero no dejéis que os alcance con sus zarpazos... Es cruel, mucho...

Goru cayó en un desvanecimiento y James le reanimó inyectándole un tónico, puesto que las pulsaciones eran débiles.

Al cabo de un rato abrió de nuevo los ojos.

Continuó con voz debilitada:

—Si logras desbaratar la banda de las estrellas malditas, busca a Turso y dile lo que me ha pasado... El tiene instrucciones para llevarse al científico.

—Eso ya se lo dirás tú cuando lo hayamos logrado.

—No nos engañemos, James... Yo ya sé cómo estoy...

Lesley, que también le prodigaba sus cuidados, intervino:

—Lo que debes de hacer, Goru, es callarte y no malgastar fuerzas. Descansa un poco y ya continuarás cuando te hayas recuperado.

—Os agradezco vuestras palabras, buenos amigos… Lástima que la amistad haya durado tan poco…

—No seas pesimista y anímate, hombre. Con la banda tenemos que terminar los tres juntos.

Goru esbozó una triste sonrisa.

—Me hubiera gustado mucho que así fuera…

Se interrumpió. Tuvo una contracción y abriendo mucho los ojos, musitó:

—Los asteroideos…, los asteroideos… ¡Cuidado de ellos…! Pedirle un antídoto al científico… ¡Los asteroideos cada diez días…! Antídoto…, diez días…

No pudo continuar. Le dio un acceso de tos seguido de un vómito de sangre y expiró.

El proyectil le había dañado el pulmón y quizá alguna arteria principal.

CAPITULO V

Lesley y James quedaron consternados por la pérdida de aquel muchacho que tantas pruebas de sincera amistad les había demostrado.

Además, les unía una causa común, el poner fin a los desmanes de aquella banda de ambiciosos.

De seguir Goru con vida, contarían con una valiosa ayuda, puesto que así lo había demostrado, aparte de proporcionarles una útil información.

Le dieron sepultura a estilo de los marinos y luego, aprovechando la oscuridad, salieron de su refugio para dirigirse hacia el atolón.

Lesley rompió el silencio que se estableció entre ellos, para preguntarle:

—¿Qué habrá querido decir al advertirnos que nos cuidemos de los asteroideos?

—Lo ignoro. Sólo sé que se trata de una variante de los equinodermos, lo que corrientemente se denomina estrella de mar.

—¿Tendrán que ver estas estrellas de mar con el nombre que utiliza la banda?

—Sin lugar a dudas. Además, es «su tarjeta de visita».

—Bueno, eso igual hubiera podido ser que les diera por utilizar otro símbolo.

—Desde luego, tienes razón en esto, pero tras la advertencia de Goru, debe de existir alguna relación.

James Lewes quedó pensativo para luego manifestar, más bien como si pensara en voz alta:

—Sí, pero no puede ser...

—¿Qué no puede ser?

—Estaba pensando ahora en la mutilación de los cadáveres cada vez que han efectuado una fechoría de las suyas...

—¿Quieres decir que esto sea llevado a cabo por estrellas de mar?

—Eso he pensado, pero es una barbaridad. Desde luego que a esos animales se les considera muy voraces, pero con otros que guardan una proporción a su tamaño.

—Otra cosa, ¿qué habrá querido decirnos con eso de cada diez días y el antídoto?

—¡Ah...! Eso es una cuestión que tendremos que aclarar. El pobre muchacho no ha tenido tiempo para ponernos en antecedentes.

—Bueno, por lo menos está claro que el atolón es su centro de operaciones.

—Eso no es una novedad, puesto que estaba enterado de ello y allí nos dirigíamos cuando nos interrumpieron el viaje.

—Y me llevabas a mí para que les sirviera de carnada. ¿No es eso?

—¡Y menudo bocado, madre mía! Digo, no, no te llevaba para eso. Únicamente me guió el cubrir las apariencias, puesto que una parejita es lógico que busque un lugar propicio para su amor...

—Muy romántico...

—No, lógico. De haber ido solo, las sospechas se hubieran suscitado en el acto.

—De todos modos, de poco te ha valido.

—Tienes razón, Lesley. Te aseguro que de haber conocido esta particularidad, no te hubiera expuesto a estos peligros.

—Gracias, jefe, por tu benevolencia...

—Te lo puedes tomar a guasa si quieres, pero ésta es la realidad.

Lesley consideró que aquellas palabras estaban presididas por la sinceridad, de ahí que guardara silencio.

Habían atisbado ya el atolón con su defensa natural coralina.

Aproximadamente en el centro del atolón, se divisaron dos masas oscuras y con luces, por lo que dedujeron que aquello serían sus dependencias.

Todo aquello, por lo menos aparentemente, estaba en calma a aquellas horas de la noche.

James se aproximó a una distancia prudencial y le dijo a Lesley:

—El problema está en hallar una entrada y a ser posible, la que no utilicen ellos.

—Pero…, ¿vas a meterte en la boca del lobo?

—Si queremos asestar el golpe final, no hay más remedio que escudriñar lo que hay por ahí dentro.

—Ya oíste lo que dijo Goru, el que entra ya no sale de la fortaleza.

—Sí, lo recuerdo… Y como no quiero exponerte a más peligros, luego que haya terminado el reconocimiento, te llevaré a la bahía y desembarcarás.

—Ni hablar, jefe. Me has metido en este lío y ahora siento curiosidad por saber cómo va a terminar.

—Las curiosidades, en ocasiones, suelen resultar fatales.

—No me vas a convencer, jefe.

James la interrumpió furioso:

—Te he dicho mil veces que no me llames jefe y por lo tanto vas a recibir el castigo.

Y dicho esto, trató de atraparla.

Como pudo se deshizo de él, para manifestar airada:

—Esto es un ataque a traición, un abuso de autoridad.

—Sabías a lo que te exponías. Te lo advertí. ¿O es un modo indirecto para pedirme un beso?

—No seas tan petulante. ¡Detesto tu proximidad!

—Lo siento. Como no te vayas a nado…

—Y que sea pasto de los tiburones, ¿no?

—Tú sabrás. No he sido yo quien ha protestado de determinada proximidad.

Ella quedó un ratito pensativa para luego manifestar conciliadora:

—Bueno, por ahora me quedo, ¡eh!… ¡James!

Su exclamación inmediata fue debido a que James ya iba a repetir

lo de antes, por eso rectificó a tiempo.

James, con una sonrisa maliciosa, exclamó:

—¡Lástima que no hayas terminado de decirlo! Te confesaré que me ha gustado imponerte esa clase de castigo y no me importaría repetirlo.

No pudieron seguir sobre el tema, puesto que en aquellos momentos en la pantalla de a bordo apareció la presencia de una embarcación, una lancha rápida por sus proporciones y velocidad.

—¿Crees que nos habrán descubierto, James?

—Dentro de un rato te lo diré. Pero yendo hacia el atolón, lo más probable es que no.

La embarcación seguía en línea recta hacia el atolón, a unos quince metros de la posición que ocupaban ellos.

No dieron señales de haberles visto, por lo que esto animó a James, diciéndole a la muchacha:

—¿Qué te parece si nos aproximamos un poco más y vemos por dónde entra?

—De acuerdo.

Puso en movimiento al submarino de reducidas dimensiones y gracias a que la noche era clara, pudieron ver cómo una franja de la masa coralina se levantaba en forma de barrera y la embarcación se introducía por aquel estrecho.

—¿Has visto, Lesley?

—Sí, me he dado cuenta de ello.

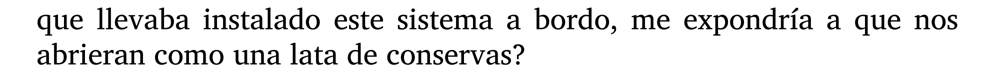
—Por lo menos, hemos adelantado algo.

—Sí, más vale eso que nada.

—Voy a establecer el campo antimagnético y de este modo podremos acercarnos con toda tranquilidad. No sea el caso que nos detecten y nos echen a pique.

—Y si tiene instalado campo antimagnético, ¿por qué no lo estableciste cuando Zila nos atacó? Me hubieras evitado unos sustos.

—¡Toma! Y yo también. ¿O acaso imaginas que si hubiera sabido


que llevaba instalado este sistema a bordo, me expondría a que nos abrieran como una lata de conservas?

—Siendo así que lo ignorabas...

—¿Pues qué creías? ¿Qué iba a consentirle con galantería que se diera el gustazo de realizar sus intenciones? No, querida; todavía me estimo un poco el pellejo y, sobre todo, el tuyo.

—Gracias por la parte que me toca... Desde luego, no puedes ocultar la vulgaridad de tu léxico.

—Perdón, señorita. Sustituiré lo del pellejo por cutis o epidermis. ¿Conformes?

—¿Me permites, y solicito de tu bondad me perdones si involuntariamente cometo una incorrección, rogar tu atención sobre lo que refleja la pantalla en lo concerniente al paso por donde la nave se ha deslizado?

—¿Y a qué viene eso?

—¿Lo de la pantalla?

—No, a la forma tan cursi de expresarte.

—Estoy empezando a refinar mi léxico. ¿No es eso lo que quieres?

La muchacha se echó a reír, para luego rogarle:

—Prefiero que sigas con tu peculiar expresión a esas finuras que no te van.

James suspiró para exponer a continuación:

—No hay fórmula de entenderos; uno hace los posibles por complaceros y ésos son los resultados.

—Por lo que se desprende que tú tienes muchas experiencias. ¿Me equivoco?

—¡Bueno! El que más y el que menos ha tenido sus aventurillas...

No pudo terminar porque Lesley exclamó:

—¡Cuidado, que nos vamos a estrellar contra la pared de coral!

James dio marcha atrás a toda máquina. En efecto, si se descuida se empotran en aquel muro que les hubiera podido acarrear fatales consecuencias.

—Gracias por salvarme el cutis, querida.

—No, si no era por tu pellejo, sino por el mío.

—¡Qué vulgaridad!

Ambos rieron y luego James prestó toda su atención a la navegación y a la localización de aquel paso por donde se había introducido la lancha rápida.

Por fin dieron con el estrecho de entrada y todas sus esperanzas quedaron frustradas.

Aquella barrera que se elevaba, al volver a su posición inicial, encajaba perfectamente con la masa coralínea que le servía de base.

—Mala suerte, Lesley... Me cabía la esperanza que nos hubieran dejado el hueco suficiente para pasarla por bajo.

—Sí que es una lástima.

—Desde luego. Hubiéramos adelantado mucho, pero aunque nos cueste un poco más, entraremos.

—¿No será volando la barrera?

—Claro que no. Sería como proclamar a toda voz nuestra presencia.

—¿Y qué piensas hacer?

—Utilizar un sistema que seguramente no se le ocurrió a Goru.

—¿Cuál?

—Este submarino, al que podríamos denominar miniatura por sus dimensiones, está equipado de potentes motores y cuenta con dos rotores, uno a proa y otro a popa, cuya longitud de aspa permite efectuar un orificio en el más duro hielo para casos que se tenga que emerger a la superficie en regiones polares.

—Eso está muy bien, pero es para practicar el orificio de salida de abajo para arriba.

—Esperaba tu razonamiento, lógico con arreglo a su función primordial.

—¿Acaso existe otro ilógico?

—Ahí vamos. Colocando el submarino en una posición vertical,

podrá ejercer la misma función en una pared coralina en el sentido de fuera a dentro.

—¡Jef…, digo James, eres todo un talento! Sólo le encuentro una pequeña dificultad, que como no nos convirtamos en moscas, cualquiera se mantiene en esa posición.

—Lo tengo previsto sin tener que convertirse en dípteros. Sólo hay que variar la posición de los asientos para permanecer en posición acostada o como se de nomina técnicamente, de cubito supino, por aquello de salirse de la vulgaridad.

—¡Magnífico, eres todo un genio! ¿Cuándo empezamos?

—No, querida; empezaré yo solito. A ti te voy a llevar a tierra.

—Por favor, James… Déjame contigo. Así estaré más tranquila.

—¡Oh! ¿Quiere decir esto que te has enamorado de mí?

Lesley se mordió los labios, pero reaccionó en el acto, contestando:

—Mi sentido del deber no me dejaría satisfecha si abandonara por cobardía a mi superior en un trance delicado.

—¡Oh! Muy buena memoria, recuerdas a la perfección las ordenanzas del cuerpo.

—Para algo fui la destacada de la promoción.

—Pues aun y así, te has olvidado de otra que dice: «Ningún superior consentirá el exponer a un subalterno a trance de muerte y menos cuando éste o ésta… se hallare incómodo en su compañía».

—¡Uf! Esto me suena a cosecha propia.

—¿Acaso has llegado a jefe para tener que aprenderte el articulado y poder desempeñar el cargo según mandan los cánones?

—No, desde luego.

—Entonces, acatarás mis órdenes.

CAPITULO VI

A la noche siguiente, James Lewes se dispuso a hacerse a la mar rumbo al atolón, puesto que la anterior resultaba demasiado clara, y lo más seguro es que el amanecer les hubiera pillado allí sin haber terminado el trabajo que se proponía.

A Lesley la dejó en tierra cuando regresaron y todavía le ayudó a que fuera a su alojamiento y le bajara una vestimenta más adecuada y luego se despidieron.

Así pues, ya anochecido, cogió un bote neumático propulsado y se dirigió adonde tenía oculto el submarino, en el refugio que les enseñó Goru.

Atracó junto a él, subió el bote a bordo, lo desinfló y se introdujo en el mismo.

Ya estaba dispuesto a poner los motores en marcha, cuando una voz le hizo volver con brusquedad y dispuesto al ataque.

—Buenas noches, James.

Se detuvo al reconocerla, y preguntar malhumorado:

—Pero, Lesley... ¿Quién te ha mandado...?

—Nadie me lo ha mandado. Pero ya te dije que siento curiosidad por ver cómo va a terminar todo esto.

—Pues ya te lo contaré; así que por el mismo camino que has venido, regresas.

—No puedo; ahora de noche tengo miedo.

James sabía positivamente que aquello no era cierto, pues había dado muestras de su valentía en otras ocasiones.

Comprendiendo que no la iba a hacer desistir y necesitando aprovechar el tiempo para sus fines, le manifestó:

—De acuerdo; vendrás conmigo, pero bajo tu responsabilidad.

—Si no hubiera sido así, no estaría aquí.

—Ni una palabra más. En marcha, que el tiempo apremia.

Salieron del refugio rumbo al atolón. Aunque la marcha era más lenta, decidió navegar entre dos aguas para evitar inesperadas visitas o ser descubierto.

Menos mal que tuvo esta precaución, puesto que se cruzaron con aquella lancha rápida que vieron entrar en el atolón.

—¿Te has fijado, Lesley?

—Sí, James. Es la misma que vimos entrar en el atolón.

—Exacto. Me gustaría saber el papel que desempeña, pero ahora lo más importante es abrirnos el paso que necesitamos.

Al llegar a las inmediaciones del atolón, James se dirigió a un lugar determinado, el que consideraba más conveniente, teniendo en cuenta la estrechez de la barrera coralina y lo más apartado posible de la entrada que utilizaban ellos.

—Ahora, Lesley, siéntate aquí a mi lado y ponte el cinturón de seguridad. Vamos a adquirir la posición vertical.

La muchacha siguió sus indicaciones y el pequeño submarino fue cambiando de posición.

Una vez que consideró que la verticalidad era perfecta, accionó los rotores y una trepidación se notó en el pequeño submarino.

Las aspas de los rotores habían entrado en funciones y, aunque lentamente, se iban abriendo paso en aquel enjambre coralino.

James comentó:

—Por ahora todo va bien. Esperamos que resistan las aspas.

—Aparte de esto, lo malo será si nos detectan.

—No creo, pues aparte de que he establecido el campo antimagnético, hay algo de temporal y esto amortiguará las vibraciones.

—¿Temporal, dices? Yo no he notado nada.

—Porque hemos navegado sumergidos y los bandazos no se notan tanto como estando en superficie.

—¡Ya!

Según los cálculos que había efectuado James, ya no tardarían en franquear totalmente la barrera de corales alcanzando el interior del atolón.

Pero sus cálculos se vieron frustrados por una sacudida seca del submarino, seguida de una trepidación más acentuada.

—¿Qué ha pasado, James?

—Seguramente lo que me temía. Alguna pala del rotor que se habrá roto.

Para saber cuál de los dos rotores presentaba la avería, paró primero el de proa.

Al hacerlo, cesaron las vibraciones bruscas, en tanto que seguían las otras más suaves y el pequeño sumergible iba adquiriendo una posición horizontal, partiendo la inclinación de la parte de atrás, o sea, de popa.

Manifestó James:

—Está claro; es el rotor de delante.

Al funcionar únicamente el rotor de popa y proseguir en su acción demoledora, al mismo tiempo actuaba de hélice, de ahí que la posición del submarino por momentos se iba aproximando a la horizontal.

Llegó un momento en que hubo un tirón brusco y las vibraciones cesaron.

—¿Qué ha pasado ahora, James?

Antes de responder, comprobó los indicadores, contestando a la pregunta que le había formulado Lesley:

—El rotor de popa ha terminado de horadar los corales, y al no tener resistencia, de ahí que hayan desaparecido las vibraciones.

—¿Así ya estamos dentro del atolón?

—No, querida. Lo que estamos es atascados.

—¿Y qué pasará ahora?

—Sólo pueden suceder dos cosas: que podamos salir o que quedemos atrapados.

—¿Y si es en el segundo caso, poniéndonos en lo peor?

—Entonces no nos quedaría más remedio que abandonar el sumergible y… ya puedes imaginar el panorama.

—Sí, bastante precario. ¿No es eso lo que quieres decir?

—En efecto, representa un problema grave. Pero hasta que no lo hayamos intentado todo, no hay por qué aventurar malos presagios.

James conectó los motores de navegación y fue acelerándolos poco a poco.

El sumergible no se movía de su posición. Le fue dando más potencia y de allí no se movían.

Lesley le sugirió:

—¿Por qué no le das marcha atrás?

—Representa un peligro, puesto que al actuar el rotor de popa, si ahora le doy marcha atrás lo único que conseguiríamos es empotrarnos más.

—Comprendo.

James optó por efectuar otra prueba. Dejó los motores a ralentí, para acto seguido someterlos a una aceleración brusca de forma que diera un tirón.

Así lo hizo, pero en el submarino sólo se notó un ligero movimiento para luego volver a quedar estático.

Esta operación la repitió dos o tres veces, y por fin el submarino navegó hacia el exterior del atolón.

—¡Hurra, jefe! Lo has conseguido.

—Ahora estoy demasiado ocupado, pero recuérdame que te has hecho merecedora a un «castigo», por lo de jefe.

—Bueno, James, es que tanta es la costumbre que ni siquiera me doy cuenta.

—De eso ya hablaremos luego de haberte aplicado el «castigo». Ahora amárrate bien los cinturones pectorales porque vamos a entrar de nuevo, pero con la cabeza hacia abajo.

—¿Y por qué eso?

—Si tuvieras un poco de idea, comprenderías que estando en buenas condiciones el rotor de popa, es el único que puede terminar el orificio por la parte de arriba.

—¡Ya! Y así tendremos el paso libre al interior.

—Exacto. Compruebo que todavía funciona tu cabecita...

De nuevo se introdujeron en el túnel submarino, pero esta vez en posición inversa a la que actuaron anteriormente.

Al llegar a las proximidades donde se quedaron atascados, James puso en acción al rotor en buen estado, y acto seguido entró en funciones.

De nuevo las vibraciones suaves se notaron a bordo y en esta ocasión tenía que ir con sumo cuidado y estar listo para parar el rotor en cuanto eliminara totalmente el obstáculo.

Así pues, puso sus cinco sentidos en esta operación y nada más notó que las vibraciones iban disminuyendo, fue restando velocidad al rotor.

Aun así, al pararlo porque el camino ya estaba expedito, tuvo que valerse de toda su pericia para evitar el ser volcados y quedar el submarino empotrado en el fondo y panza arriba.

Cuando estableció el equilibrio, respiró aliviado para luego manifestar:

—Lo hemos conseguido, Lesley. Ya puedes quitarte los cinturones que la suspensión ha terminado.

—Menos mal, pues ya me estaba cansando de esta posición tan incómoda.

Estaban ya en el interior del atolón y sin tener que haber forzado la entrada que utilizaban los moradores de aquel lugar.

Poco a poco fueron emergiendo y en el centro del atolón pudieron ver con nitidez dos islas de suficientes proporciones para albergar diversas instalaciones.

Se fueron acercando cautelosamente. Todo el litoral estaba profusamente iluminado y una pequeña playa concurrida por personas de ambos sexos.

Descubrieron anclada otra lancha rápida de idénticas

características con la que se habían cruzado.

Se dieron cuenta en aquellos momentos de la presencia de una embarcación que se dirigía hacia aquellas inmediaciones.

No tuvieron más remedio que sumergirse para pasar desapercibidos.

La embarcación, que no era otra que la lancha rápida con la que se cruzaron, se dirigió hacia la isla que había más a la derecha y que estaba menos iluminada.

Se fueron aproximando y lo que vieron les dejó anonadados.

Varios cadáveres, en su mayoría mutilados, fueron arrojados en un inmenso embalse en forma de piscina.

A medida que iban cayendo, se originaba un gran revuelo a su alrededor y en algunas ocasiones les pareció incluso ver algo puntiagudo que sobresalía del nivel de agua.

Lesley, horrorizada, le preguntó a James:

—Has visto lo que yo?

—Sí, lo mismo que tú.

—¿Y de dónde habrán sacado esos pobres infelices?

—Imagino que han organizado una de sus masacres para conseguir algún nuevo establecimiento.

—Pero esto es terrible. Esta gente es inhumana.

—Y tanto, queridita... Por eso hay que terminar con ellos y cuanto antes.

Desde su punto de observación, vieron aparecer más tarde a una joven llamativa con pelo muy largo.

—Mira... ¿No es esa Zila?

—No lo sé, Lesley. Nos tendremos que aproximar más para acortar distancias.

Así lo hicieron y al estar próxima a un foco de luz aquella joven, se vio claramente que su cabello era de un tono rojizo, por lo que James confirmó:

—Sí, es ella. No me cabe la menor duda.

—¿Y qué estará observando con tanta fijeza en la piscina esa inmensa?

—Lo tendremos que averiguar. Lo único que puedo anticiparte es que los cadáveres no han sido lanzados ahí para su conservación, sino servir de pasto a algo que contiene la piscina.

—¿Será posible?

—Ya dijo Goru que precisamente la bondad no es su plato fuerte.

A esta escena del lanzamiento de cadáveres siguió otra. De la embarcación fueron pasando a tierra de la isla unas cuantas jóvenes, en su mayoría con bañador de dos piezas.

A algunas se las veía lloriquear y a las demás, todas muy serias.

Unos guardianes las custodiaban y se permitían ciertas libertades que las jóvenes repelían adustas, con risotadas de los primeros.

Fueron conducidas a un edificio próximo a la piscina, desapareciendo en su interior.

—¿Qué harán con esas muchachas, James?

—Imagino que nada bueno.

Como respuesta a sus palabras, comenzaron a oírse chillidos y lamentos.

Ante aquello, James no se pudo contener y le manifestó a Lesley:

—Quédate aquí a cargo del sumergible. Voy a tratar de averiguar lo que ocurre.

—James, ¿por qué no dejas que te acompañe?

—Alguien ha de quedar aquí. En caso de que te vieras descubierta o tarde y comience a amanecer, te sumerges en esta posición. Ya sabes cómo lo has de hacer.

—Sí, pero… Ten cuidado, James. Prométeme que serás prudente y volverás.

—Procuraré que ambas cosas ocurran.

Ya iba a lanzarse al agua, cuando repentinamente se volvió, la abrazó y la besó.

—Esto por el castigo que te había prometido.

Y sin hacer ruido, con suavidad, se deslizó al agua.

Lesley esbozó una sonrisa de complacencia que él ya no pudo ver.

Con un susurro, musitó:

—Vuelve, James.

CAPITULO VII

James procuró ir nadando con suavidad para no delatar su presencia y por una zona que quedaba en la penumbra.

De esta forma llegó a orillas de la isla que en aquel lugar era rocosa.

Esto le favoreció que fuera escalando entre ellas y asomar la cabeza con precaución para observar la distancia que tenía que recorrer y que le separaba de la parte lateral del edificio en donde habían sido introducidas las muchachas.

Desde el lugar donde se encontraba, se podían oír mejor los chillidos y lamentos que casi ponían los pelos de punta.

Aquella zona estaba despejada. Únicamente en la puerta de entrada se agolpaban varios nombres, la mayoría de ellos jóvenes y que, por lo visto, les divertía mucho lo que sucedía allí dentro por las risotadas que soltaban.

Decidió salvar la distancia que le separaba del edificio, y en veloz carrera se plantificó en la parte posterior del edificio.

Buscó con afán si existía alguna abertura en aquella pared y cuando se habituó a la oscuridad que allí imperaba, descubrió un hueco que muy bien podría tratarse de una ventana.

Estaba un poco alta, pero pudo trepar hasta allí. Tuvo suerte.

En efecto, se trataba de una ventana o un sistema de ventilación, aunque estaba tapada por una puerta o algo por el estilo.

Tanteó, comprobando que cedía a su impulso dejando una abertura.

Entonces vio las causas de aquellos chillidos y lamentos.

Una de las muchachas estaba tendida sobre una mesa y sujetada de pies y manos por cuatro jóvenes musculosos, que, como la mayoría, llevaban un bañador como... única prenda.

Al lado de la muchacha tendida, en su costado derecho, estaba Zila empuñando un artefacto cuyo extremo terminaba con una platina.

Cuando ya la tuvieron inmovilizada, Zila dejó al descubierto el seno derecho de la joven, sobre el que aplicó aquella platina que llevaba en la mano.

Un grito desgarrador se escapó de la garganta de la pobre muchacha allí inmovilizada.

De los bordes de la platina salió un humillo, y cuando la retiró pudo apreciar que allí había quedado grabada una estrella de mar.

La joven en cuestión perdió el sentido, y Zila, sin inmutarse, más bien con satisfacción se diría, le embadurnó con un ungüento la parte tatuada y ella misma le volvió a cubrir el seno.

Se fijó en las demás muchachas que permanecían en grupo, gimoteando y ocultando con las manos la parte tan brutalmente marcada.

Zila le dio unos golpecitos a la muchacha desmayada, que al momento reaccionó dando gritos de dolor y pretendiendo atacar a quien había hecho aquello con ella.

Fue sujetada por los hombres que anteriormente la mantuvieron inmovilizada y llevada adonde estaban las restantes pobres infelices.

Por lo visto era la última que quedaba por marcar, como si se tratara de animales y no seres humanos.

Zila se dirigió a ellas, y con voz desagradable, manifestó:

—Dejaros de lamentos que no hay para tanto y atender.

Atemorizadas, cesaron en sus lloros y únicamente, de vez en cuando, se les escapaba algún hipo.

Zila tomó de nuevo la palabra:

—Habéis entrado a formar parte de la Comunidad de las Estrellas. Nuestra organización está llamada a realizar grandes cosas. Vosotras tendréis el honor de ser las pioneras y aquí sólo tendréis placeres y comodidad.

Hizo una pausa para ver el efecto que hacían sus palabras, comprobando que las jóvenes seguían con sus rostros adustos.

Continuó:

—Más tarde tendréis la ocasión de comprobarlo por vuestras propias compañeras, ellas serán las que de por sí corroboren mis

palabras.

Otra pausa en que las facciones de Zila se endurecieron e incluso su voz le pareció más desagradable a James, que permanecía allí encaramado.

—Pero mucho cuidado... ¡Ay de aquella que pretenda desobedecer lo que se le ordene o traicione nuestra causa! Estáis todas marcadas, se os hallará donde estéis por haberos dado impuesta una materia especial de nuestro planeta Estrilus, que se detecta a gran distancia.

James Lewes tenía que hacer un esfuerzo enorme para mantenerse en aquella posición.

Comprobó que Zila proseguía en su discurso:

—El contravenir nuestras normas tiene su precio y éste es el ser lanzados o lanzadas al vivero de los asteroideos, quienes normalmente se alimentan de cadáveres.

Un estremecimiento se notó en aquellas jóvenes asustadas, que posiblemente presenciaron aquel macabro banquete.

Ahora James ya sabía lo que contenía aquella gran piscina y le vinieron a la memoria las últimas palabras de Goru.

Pero su atención la acaparó de nuevo Zila, al decirle:

—Y ahora os acompañarán a vuestros alojamientos en la otra isla. Ser dóciles y no os arrepentiréis de formar parte de nuestro grupo.

No pudo continuar escuchando ni contemplando lo que allí sucedía, porque se sintió agarrado de un tobillo.

Iba a reaccionar violentamente, cuando el que le sujetaba le preguntó, jocoso:

—¿Estás eligiendo a tu estrellita a vista de pájaro? Desde ahí se ve mejor que estando en la puerta, ¿verdad?

James se quedó confundido y decidió seguirle la corriente:

—Sí, desde luego que se ve mejor.

—Yo también me he encaramado varias veces. Es un bonito espectáculo contemplando cómo marcan a esas bonitas muchachas. La jefa tiene buen gusto.

James intuyó que se refería a Zila, y confirmó:

—Sí, ya lo creo.

—Lo malo es que las más bonitas y las de mejor tipo se las queda para su servicio.

James había descendido de su observatorio improvisado y como estaba cansado del esfuerzo realizado, se sentó en una roca.

El desconocido visitante hizo otro tanto y preguntó:

—¿Has estado alguna vez en el alojamiento de la jefa?

—No, no he tenido esa suerte.

—¡Chico! Dicen que es maravilloso y que las chicas que tiene a su servicio, unas monadas en todos los sentidos, hace que la sirvan como doncellas o camareras.

A aquel locuaz comunicante se le hacía boca agua y James decidió sacar partido de la circunstancia que se le presentaba:

—¡Vaya! Pues será cuestión de girar una visita por el alojamiento de la jefa.

—¡Ni lo sueñes! ¿Tú te has fijado dónde lo tiene?

—Pues…

—Sí que lo sabrás, claro. Te he hecho una pregunta tonta. Pero te aclararé que más de uno que ha intentado subir hasta la cúspide, ha aparecido después despeñado.

—¡Caramba! No lo sabía —manifestó James.

—Si me prometes guardarme el secreto, te diré una cosa.

—Puedes contar con ello.

—Verás… Resulta que desde lo alto domina toda la isla, mejor dicho, las dos y todo el atolón.

—Eso por descontado. No es una novedad —le replicó James.

—Pero lo que te quiero decir es que sus chicos guardianes ven al que sube y si es amigo de ellas o les gusta, lo pasan formidable.

—¿Y si no?

—Lo despeñan.

—No puede ser, hombre.

—Que sí, tal como suena. Y si alguna vez ha sorprendido la jefa a una de sus guardianas amartelada con uno, ambos han ido de cabeza para alimentar a los chicos.

—¡Qué barbaridad!

—Lo que te digo. Pero dicen que allí arriba se corren cada juerga, que para qué te voy a contar.

—¿Y cómo sabes todas esas cosas?

—¡Ah! Yo las sé. ¿Me dejas que mire un ratito?

—Claro, todo lo que tú quieras.

Incluso le ayudó a encaramarse y una vez el otro estuvo dedicado a la observación de las chicas, James, sigilosamente, se fue deslizando para alcanzar la orilla y posteriormente el submarino.

Estaba a punto de salir de detrás del edificio cuando oyó pasos. Vio dos sombras que se dirigían hacia donde estaba él.

De un salto se ocultó entre las rocas y esperó acontecimientos.

El muchacho, sorprendido exclamó:

—¡Eh...! ¿Qué pasa...?

Pero al verse sujetado de los brazos por dos hombres, no pudo contenerse de manifestar:

—¿Será perro traidor...?

Uno de ellos preguntó:

—¿Quién es el traidor?

—El que estaba conmigo, el que me ha delatado...

—¿Quién era?

—No lo sé.

—¡Ah...! ¡Conque no quieres decirlo!

—Es la verdad, no sé quién era. Cuando yo he venido aquí, ese estaba encaramado mirando por ahí.

—¿Hace mucho rato que se ha ido?

—¡Qué va! Ahora mismo estaba conmigo.

—Pues no puede andar lejos.

Se dirigió al otro que sujetaba al muchacho en un lenguaje que James ya conocía, aunque no entendía: el de los naturales del planeta Estrilus.

Luego vio cómo el otro se llevaba al muchacho y el que había hablado se dedicaba a la búsqueda del acompañante mencionado, o sea a él.

James no podía moverse de donde estaba mientras aquel estuviera por allí y por otra parte no le interesaba atacarle y armar alboroto para alertar a los demás.

Pasó muy cerca de donde estaba James y éste incluso contuvo la respiración.

Se le presentaba un momento propicio para echar a correr y lanzarse al agua, pero no lo pudo llevar a efecto, puesto que el otro que se llevó detenido al muchacho regresaba.

Llamó al que se quedó buscando y se hubiera ido hacia donde estaba el primero, a no ser que la fatalidad se puso en contra de James.

Una piedra resbaló de donde James permanecía oculto.

Esto hizo que llamara la atención al que había llegado en segundo lugar e intercambió unas palabras con el otro.

El que había hablado se dirigió directamente a donde estaba James y éste, como es natural, no le recibió amistosamente.

De un puñetazo le derribó y acto seguido se dispuso a irse hacia la orilla.

Pero el otro compinche le cortó la retirada y se enzarzaron en feroz lucha.

Este era un hueso duro de roer, pero James tenía que terminar con él cuanto antes, puesto que si acudía el otro en su ayuda, lo iba a pasar muy mal.

Pero pudo aplicarle una llave y un golpe seco que le hizo caer redondo al suelo.

Mas el otro, recuperado ya, corrió en ayuda de su compañero y

James tuvo que detenerlo en su empeño y tras una breve lucha fue a hacerle compañía al que tumbó en primer lugar.

Libre ya de aquel impedimento, se encaminó hacia la orilla, descendió por las rocas y suavemente se metió en el agua para dirigirse a donde estaba esperándole Lesley en el sumergible.

Estaba llegando al submarino cuando oyó voces. Se volvió y vio cómo corrían unos cuantos hombres y encendieron unos reflectores.

Los haces luminosos recorrieron el lugar donde estuvo momentos antes y otros se deslizaron peligrosamente por la superficie de las tranquilas aguas.

No se entretuvo más, nadó vigorosamente y en un momento alcanzó el submarino a tiempo que le decía a Lesley:

—¡Abajo…!

Antes de que la escotilla se cerrara, fue iluminado el recinto interior por una potente luz.

James exclamó:

—¡Cáspita…! Nos han descubierto…

—¿Quieres decir?

—¡Ojalá me equivoque! Pero nos han alumbrado demasiado.

Sin pérdida de tiempo fueron adquiriendo profundidad, a la vez que el sumergible se puso en movimiento para cambiar de posición.

Las aguas se iluminaron, sobre todo en el lugar donde ocuparon en un principio.

James comentó con Lesley:

—Tendremos que alcanzar cuanto antes «nuestro túnel» si no queremos que nos atrapen. Dentro de un momento, todo el atolón será registrado palmo a palmo.

Dio la máxima potencia a los motores y se dirigieron a lo que James había bautizado como «nuestro túnel», o sea el orificio que practicaron tras aquella pared coralina.

No se equivocó James en su apreciación. Lanchas de todos los tipos pululaban por las aguas tranquilas e iluminadas por cuantos reflectores disponían.

La salida que utilizaban los ocupantes del atolón fue profusamente iluminada y reforzada su guardia, prestos a abrir fuego al menor indicio que se le presentara.

Pero James y Lesley estaban alcanzando su refugio y por lo menos, hasta el momento, por allí no encauzaron la búsqueda.

CAPITULO VIII

Gran parte de la noche estuvieron buscando sin resultado positivo, trabajo que reanudaron a la mañana siguiente.

James y Lesley, a indicación del primero, se dedicaron a descansar tranquilamente luego de haber fijado bien la embarcación submarina.

Antes de dedicarse al descanso, James puso en antecedentes a la muchacha de cuanto había visto.

Al día siguiente, luego de haber recuperado fuerzas, en descanso y alimento, quitaron las fijaciones de la nave y alegremente manifestó James:

—Estarán volviéndose locos por no habernos encontrado.

—Desde luego.

—Vamos a dar un vistazo.

—¿No será peligroso, James?

—Tomaremos nuestras precauciones.

Salieron de su túnel y conectó la pantalla. A poco apareció la imagen y ante lo que en ella vieron, James esbozó una sonrisa al decir:

—Todavía no se han dado por vencidos. Míralos, por ahí van desesperados.

En efecto, por todas partes se veían lanchas e incluso las dos embarcaciones de mayor envergadura, las lanchas rápidas que vieron ya en una ocasión, también estaban dedicadas al rastreo de los fondos del atolón.

—Tendremos que permanecer cerca de aquí para escondernos por si se acercan.

Su determinación les valió de mucho puesto que una de las lanchas rápidas estaba circundando las defensas naturales del atolón y no tardaría en pasar por donde ellos estaban situados.

—Lesley, tendremos que ocupar de nuevo nuestro túnel, no vaya a ser que nos descubran.

—Sí, será lo más prudente.

Efectuó las maniobras correspondientes y de nuevo se encontraban a salvo.

Así estuvieron la mayor parte del día y a media tarde, hizo acto de presencia en el atolón una lancha rápida del servicio de vigilancia de la Marina.

Se fue directamente al embarcadero de la isla más grande. James conectó los dispositivos de aproximación y junto con Lesley pudieron ver cómo la misma Zila iba a recibirles.

Sólo bajó a tierra el comandante de la embarcación, quien estuvo charlando amistosamente con Zila.

Al cabo de un rato, el comandante se dirigió al segundo de a bordo diciéndole algo.

Momentos después, comprendieron el qué.

La lancha del ejército de la Marina se dirigió, poco más o menos, hacia donde fueron descubiertos cuando James alcanzó el sumergible.

A partir de allí, fue lanzando cargas de profundidad y de este modo fue barriendo toda la zona comprendida dentro del atolón.

Cuando se aproximaron a donde estaba James y Lesley, como es natural, no permanecieron inactivos.

No solamente se introdujeron en el túnel, sino que salieron al exterior del atolón para evitar posibles daños a consecuencia de la onda expansiva de las cargas de profundidad.

Cuando las explosiones se alejaron, nuevamente volvieron a su primitiva posición y siguieron observando,

En el embarcadero, en un lugar cubierto que les defendía de los rayos solares, cómodamente sentados y con refrescos en la mesa, departían Zila y el comandante de la lancha de la Marina.

Este le tenía cogida una mano a Zila y por la expresión de ambos, más bien parecía que estaban manteniendo una conversación amorosa.

Un poco más apartados, dos lindas jóvenes, con ropajes escasos y muy veraniegos, estaban pendientes del servicio.

James le cogió la mano a Lesley y ésta le preguntó irónica:

—¿Es que sientes envidia...?

—No, es que así trato de imaginar mejor la conversación que puedan llevar.

—Y esto, ¿cómo lo logras? ¿Por telepatía o por contacto?

—Por ambas cosas a la vez.

—Pues ándate con cuidado, no vaya a dejarme influir telepáticamente de los sentimientos de esa Zila y te saque los ojos o algo por el estilo.

—Tú no serías capaz.

—¿Quién sabe...? A lo mejor me contagia sus malas inclinaciones...

—Pues en estos momentos, no estaría mal que te dejaras imbuir...

Dijo estas palabras James porque Zila y el comandante estaban materialmente abrazados.

James hizo intención de atraer a la muchacha, pero Lesley se soltó de su mano para decirle guasona:

—Jamás me han gustado las imitaciones, las considero... carentes de personalidad.

—¡Ya...! —fue la única expresión de James.

En estos momentos la lancha de la marina se aproximaba de nuevo al embarcadero y el comandante y Zila adoptaron una posición más correcta.

El segundo de a bordo saltó a tierra, saludó al comandante y cruzaron unas palabras. Luego saludó de nuevo, volvió a la embarcación y momentos después, al frente de la tripulación, se dirigieron a unos sombrajos que habían en la pequeña playa con mesas dispuestas y jóvenes con idéntico atuendo a las que atendieron a Zila y al comandante.

Estos últimos desaparecieron de escena para introducirse en una de las edificaciones.

Más tarde, jefes y tripulación, acompañado cada uno de una chica, bebían y bailaban o buscaban un lugar apartado de los demás,

degenerando aquello en una franca orgía.

James tuvo la delicadeza de cerrar la pantalla para que la muchacha no tuviera que avergonzarse de presenciar aquellos cuadros.

James manifestó:

—Por todo lo que hemos visto, ya no me cabe la menor duda que Goru tenía razón.

—¿De qué?

—Cuando dijo que no le extrañaría que tuviera comprados a los del servicio de guardacostas. ¿No te acuerdas cuando nos atacaron a la salida de la cueva y apareció la lancha rápida de este servicio?

—¡Ah, sí...! Ya recuerdo.

—Pues aquí tenemos la confirmación de las sospechas de nuestro buen amigo Goru.

—¿Qué determinación piensas tomar sobre el respecto?

—Como primera providencia, que se licencie a toda la tripulación. Quiero decir que se les releve en sus funciones y que respondan de sus negligencias, desde el comandante al último marino.

—¿Y si el que les sustituye hace igual?

—Me aseguraré de que no suceda de este modo.

—Si no cuentas con alguien de confianza...

—Lo tengo, Louis Gap. Comanda una de las lanchas del servicio de guardacostas. Es un buen elemento, estuvimos juntos en una misión y nos hicimos grandes amigos. Creo que es el apropiado.

—Pues entonces, adelante.

* * *

Abandonaron el atolón y dejaron el sumergible en el refugio fuera de la bahía y ya de noche, con una lancha neumática, James y Lesley llegaron a tierra.

Se trasladaron directamente a la sede de su organismo, cuyo jefe de ambos ya les estaba esperando.

Rindieron cuentas de sus actividades y por último solicitó el relevo del guardacostas que estaba tan bien relacionado, comandante y tripulación, con Zila y los ocupantes del atolón.

Con la mayor rapidez se solventó todo y como diera la casualidad de que el comandante Louis Gap estaba libre de servicio, aquella misma noche ambos amigos sostuvieron una entrevista.

—Te advierto, Louis, que has de tener cuidado con la tal Zila. Es una mujer nada despreciable y astuta y malvada como ella sola.

—Bien, me la estás pintando de un modo, James...

—Por mucho que te diga, es poco.

—Pero hombre, si la chica se pone a tono y me dejo querer un poco...

—Siempre y cuando no te comprometa. Ándate con pies de plomo.

—No será para tanto, hombre.

—Bien, por si acaso, ten presente mis advertencias y ni que decir tiene que silencies el que estás enterado de sus actividades y de que me conoces. Entonces serías hombre perdido.

—No es necesario que me hagas tales recomendaciones. Creo que nos conocemos bien, ¿no?

—Eso creo, pero más vale prevenir que lamentar y el menor fallo en este asunto, podría ser fatal para los tres.

—¿Los tres...? ¿Qué hay alguien más metido en este asunto?

—Sí, mi ayudante.

—¿El que te acompaña en el «pececillo»?

La palabra «pececillo» hacía alusión al submarino de pequeñas dimensiones.

James, con cierto regocijo, le aclaró:

—La que me acompaña en el «pececillo».

Louis puso cara de asombro y exclamó:

—¡Hombre, eso sí que está bueno...! Todo es hacerme advertencias sobre una mujer y resulta que a ti te ayuda una de ellas. ¡Vaya forma de dar ejemplo...!

—Un momento. Lesley no tiene punto de comparación con Zila, son los polos opuestos en sentimientos, rectitud, honradez y en cuanto a belleza y demás, Lesley está muy por encima.

—Chico, has logrado despertar mi curiosidad por conocer a esa beldad a la que has defendido con tanta vehemencia.

—Algún día la conocerás. Esta noche está con su familia.

—Esperemos que así sea.

—Oye, Louis... Tu tripulación, ¿es de completa confianza?

—Absolutamente. Respondo de ellos.

—Te lo digo por si tienes alguna duda, más vale que le dejes en tierra.

—Te he dicho que respondo de ellos y es la verdad. Los que componen mi tripulación, ya vamos mucho tiempo juntos y aunque saben de mis benevolencias, también conocen que soy intransigente ante cualquier transgresión a las órdenes recibidas, por ínfima que sea ésta.

—Tus palabras me quitan un gran peso de encima. Estaremos en contacto cuando las circunstancias así lo exijan.

—De acuerdo.

—Aquí en esta carta marina te he señalado el punto donde ocultamos el submarino fuera de la bahía y este otro, el orificio que se ha practicado para entrada y salida del atolón. Esta franja más ancha que tienes ahí, es la que utilizan ellos.

—Conforme.

—¿Alguna duda sobre el particular?

—Ninguna.

—Pues hazte a la mar y espera a efectuar el relevo en la bahía.

—Por lo que me has dicho, James, si fuéramos directamente al atolón, los cogeríamos con las manos en la masa.

—No es conveniente por dos razones.

—¿Cuáles?

—Primera: Si vas directamente allí, inmediatamente podrán pensar que alguien te ha dicho el lugar donde se hallan fondeados.

—Sí, es verdad.

—Y la segunda, que no interpreten que el relevo puedan constituir un castigo y en consecuencia suscitar también sospechas.

—Muy acertadas tus palabras, James.

—En este asunto no se pueden dejar cabos sin atar. Las consecuencias serían fatales.

—Y yo me pregunto, ¿cómo las autoridades representativas del lugar no han terminado con esos desmanes?

—La explicación es muy sencilla, les tienen dominados por el terror. Quien no se doblega a la voluntad de la banda de las estrellas malditas, es que está contra ella y por lo tanto los eliminan.

—Es la única explicación que cabe, puesto que es incomprensible su pasividad.

—Tú haces lo que te he dicho. Fondeas en la bahía y sigues los trámites que lleváis a efecto en estos menesteres, como la cosa más normal del mundo.

—¿Y si el comandante me hace alguna alusión al atolón?

—Te muestras extraño o impasible, como quieras; todo menos que él pueda comprender que estás enterado de algo.

—Muy bien. Pues hasta la vista y… suerte.

—Lo mismo te digo, Louis.

Con estos buenos deseos, ambos amigos se despidieron con la esperanza de verse muy pronto.

CAPITULO IX

Al día siguiente, una vez hubo oscurecido, una lancha neumática surcaba las tranquilas aguas de la bahía e iba ocupada por una pareja que procuró pasar desapercibida.

La pareja la constituían James Lewes y su bella ayudante Lesley Valley.

—Esta noche se tiene que efectuar el relevo.

—¿Te lo ha dicho así tu amigo Louis?

—Sí, así quedamos.

Salieron de la bahía, dirigiéndose al refugio en donde tenían oculto el «pececillo».

Subieron a bordo, desinflaron la lancha y James conectó los motores.

—Bueno, y ahora nos encaminaremos hacia el atolón.

La mayor parte del trayecto lo hicieron navegando en superficie, lo que les permitió llevar mayor velocidad y ya en las inmediaciones, se sumergieron como medida de precaución.

Sin ninguna dificultad llegaron al interior del atolón y cuando conectaron la pantalla, con sorpresa, vieron que el guardacostas todavía se hallaba en el mismo lugar que le dejaron.

Manipuló con los sistemas de aproximación y vio que la tripulación, en su mayoría bebidos y los que no, se encontraban muy a gusto con su acompañante femenina.

—¡Vaya modo de cumplir con sus obligaciones…!

Exclamó Lesley asqueada por cuanto presenciaba a través de la pantalla.

—Sí, desde luego… —corroboró como ausente James.

Lesley se dio cuenta que contestó por decir algo y que algún pensamiento le estaría dominando, por lo que inquirió:

—¿Qué estás pensando, James?

—Que todo esto me huele a premeditación.

—¿Quieres decir?

—Casi seguro... Mira, fíjate en esto.

Por fin había localizado James al comandante del guardacostas en compañía de Zila.

Por sus movimientos torpes no era difícil adivinar que el grado alcohólico ingerido había sobrepasado en mucho la dosis normal.

Quería por todos los medios atraer a Zila y ésta se escurría con facilidad.

Le sirvió más licor y claramente pudieron apreciar que en el contenido del vaso dejaba caer algo.

El comandante lo bebió y a los pocos segundos cayó en un profundo sueño.

En poco espacio de tiempo, los demás componentes de la tripulación se hallaban en el mismo estado que su comandante.

Zila fue dando órdenes. Las muchachas desaparecieron dejando a los tripulantes donde estaban.

Luego se trasladó a la isla más pequeña, donde estaba aquella enorme piscina y en la que James presenció el marcaje de las muchachas.

Al lado de la piscina estaba amarrada una de las lanchas rápidas por ellos empleada.

Por una compuerta que quedó al descubierto, fue saliendo un lanchón cuya cubierta estaba cerrada por completo.

—¿Qué será eso, James?

—Con seguridad no lo sé. Ya lo averiguaremos.

El lanchón fue amarrado a la lancha rápida.

Posteriormente vieron cómo Zila subía a bordo y a los pocos segundos se fue despegando del lado de la gran piscina, para enfilar hacia la salida del atolón.

James, al descubrir sus intenciones, viró y a su vez se dirigió

hacia la salida, a tiempo que manifestaba:

—Les seguiremos.

Aunque dio toda la potencia a los motores, dos factores influyeron en que se distanciaran bastante de la lancha rápida: el que ésta, al navegar en superficie la velocidad desarrollada era mayor que la del submarino y el que el submarino tuviera que desviarse para dirigirse a su salida secreta.

No obstante, tenían controlada la lancha a distancia.

Lesley le sugirió:

—¿Por qué no llamas a tu amigo Louis?

—No puedo hacerlo por si interceptan el comunicado.

—Comprendo.

La distancia entre submarino y lancha seguía en aumento, por lo que James decidió:

—Aunque tengamos que exponernos un poco, no hay más remedio que subir a la superficie y procurar aproximarnos.

—Sí, de lo contrario se nos van a escapar.

—Tanto como eso, no, Lesley. Lo que me interesa es estar lo más cerca posible para averiguar sus propósitos.

Ya estaban en la superficie y la velocidad fue aumentando y al poco rato la distancia entre ambas embarcaciones disminuía.

De seguir a aquel ritmo, en unas pocas millas más le darían alcance, mas esto no entraba en los cálculos de James.

—Mira, Lesley, pasan de largo por la bahía, se dirigen más hacia el norte.

—¡Lástima! En la bahía está el guardacostas de Louis Gap, ¿no es eso?

—En efecto. De haber ido allí, entonces sí que hubiéramos podido contar con su colaboración.

Como ya se encontraban demasiado próximos a la lancha, se volvieron a sumergir.

Al poco, la lancha fondeó cerca de una playa y el lanchón con la

cubierta cerrada fue soltado y remolcado hasta casi la misma orilla.

Zila iba en la lancha que remolcaba aquel artefacto.

Tanto James como Lesley pudieron apreciar que de la lancha hacían una señal luminosa a la lancha rápida e inmediatamente todas las luces de tierra quedaron apagadas.

Al poco rato la calma de la noche fue turbada por gritos, ayes y un gran alboroto.

—¿Qué pasará ahí en la playa, James?

—Me temo que lo de siempre.

James sacó el bote neumático que al instante quedó inflado, instaló el motor en un momento y le dijo a Lesley:

—Espérame aquí. Voy a ver lo que sucede, puesto que con el sumergible ya no podemos ir más hacia la orilla.

—James, ten cuidado.

—No te preocupes.

Fue en dirección hacia donde venía el tumulto.

La noche estaba ligeramente iluminada por la luna, por lo que James pudo apreciar en aquel sector que las aguas estaban revueltas y de vez en cuando, como erizadas de estacas o mástiles.

Le pareció ver en la orilla una gigantesca estrella de mar que atrapaba a una persona con sus brazos.

Pero al mismo tiempo sintió que su embarcación era volcada bruscamente, saliendo él despedido.

Su bote neumático estalló al ser rasgado por algo y vio una sombra, también en forma de estrella que iba por los aires al momento de la explosión.

Notó que algo áspero y de superficie calcárea rodeaba su cuerpo presionando cada vez más y más.

Menos mal que en su cinto llevaba un afilado puñal y no dudó en hacer uso del mismo.

Lo hundió reiteradas veces en aquella masa que le aprisionaba y lo arrastraba hacia el fondo.

Le pareció que aquella lucha, en su desespero por la supervivencia, duraba un siglo, cuándo la realidad sólo fue cuestión de segundos.

Notó que aquello que le aprisionaba se iba aflojando y en seguida que pudo emergió a la superficie para llenar sus pulmones de aire.

Se repuso un momento y nadó con todo vigor hacia donde estaba el submarino.

Estaba alcanzándolo, cuando algo le rozó y supo que era lo mismo con que tuvo que luchar a muerte para librarse.

Redobló sus esfuerzos y se encaramó al submarino a tiempo que una masa triangular emergía peligrosamente y caía pesadamente sobre la cubierta del sumergible.

De haber estado él en el lugar que dio el coletazo o el golpe, a buen seguro que hubiera quedado aplastado.

Consiguió encaramarse a la torreta del submarino e introducirse por la escotilla.

Lesley, horrorizada, le preguntó:

—Pero, James… ¿qué te ha pasado…?

Entonces él se dio cuenta que por el cuerpo estaba lleno de arañazos por los lugares en que su vestimenta aparecía rasgada y de alguno de ellos manando abundante sangre.

—He sido atacado por algo, yo diría que por estrellas de mar gigantes…

—¡James, los asteroideos que mencionó Goru…!

—Podría ser que fuera eso…

—Primero de todo, deja que te cure.

—No tiene importancia, ya lo harás luego.

—Espera, al menos por donde sangras más.

—Bien, pero date prisa.

Lesley, con suma delicadeza, procedió a restañarle las heridas más profundas y desinfectar los demás rasguños.

Luego James encendió el reflector que llevaban a bordo,

encarándolo hacia donde había una luz azulada e intermitente emitiendo destellos.

Se trataba de aquel extraño artefacto que vio remolcar desde el atolón.

A su alrededor las aguas estaban revueltas, como invadidas por una bandada de cetáceos.

El lanchón aquel o lo que fuera, tenía unas compuertas abiertas, en cuyo lugar se veían emerger cosas puntiagudas.

No les dio tiempo a ver más, puesto que seguramente, a consecuencia de unos disparos, el reflector saltó hecho pedazos.

Al ambientarse de nuevo a la oscuridad, vieron cómo el lanchón era remolcado hacia donde estaba fondeada la lancha rápida.

Esto les permitió, al haber mayor profundidad, sumergirse más y aproximarse.

Aun así, fueron descubiertos y unas explosiones se originaron alrededor del diminuto submarino.

—Nos han visto, James.

—Sí, eso creo. No tendremos más remedio que repeler la agresión.

Accionó uno de los pequeños torpedos instalados a bordo y el lanchón saltó hecho pedazos.

Se disponía a hacer lo mismo con la lancha rápida, cuando ésta emprendió veloz huida.

Las luces volvieron a iluminar la costa y por la pantalla pudieron ver que en su orilla, esparcidos de forma irregular, habían muchos cadáveres, en su mayoría mutilados o destrozados por completo.

Un establecimiento, también estaba destrozado en parte y en lugar bien visible, una estrella de mar, símbolo de la banda de las estrellas malditas.

—¡Oh, esto es horrible, James...! ¡Pobre gente...!

—Sí, Lesley... Hay que terminar con ellos cuanto antes. Vamos a aproximarnos a donde estaba el lanchón por si hay algún superviviente.

Se fueron hacia allí y sólo encontraron restos de aquella

embarcación... y brazos de estrellas de mar, que por su tamaño, debían de pertenecer a animales gigantes.

Lesley, perpleja, inquirió:

—¿Pero es posible esto, James?

—Y tanto. Tú misma lo puedes ver y ahora no me cabe la menor duda que lo que a mí me atacó fue uno de esos asteroideos gigantes.

—Ahora que dices eso y como los has puesto en fuga, deja que cure mejor sus heridas.

—No tiene importancia, Lesley. Ya lo has hecho.

—Ha sido de una forma superficial. Deja que lo haga a conciencia.

James pensó que lo mejor sería que se fueran al refugio fuera de la bahía, puesto que ahora estaba notando las molestias de las heridas y se encontraba fatigado por el esfuerzo realizado.

* * *

En el guardacostas del comandante Louis Gap se oyeron las explosiones producidas a unas millas al norte de la bahía, por lo que ordenó que se hicieran a la mar.

Abandonando la bahía, detectaron el paso de una embarcación.

Gap se dispuso a la persecución de la misma.

Las velocidades de ambas embarcaciones eran similares, por lo que no le resultaría difícil alcanzarla.

Por radio solicitó la identificación, sin resultado positivo.

Efectuó unas salvas de aviso y entonces la embarcación fue disminuyendo su velocidad ya cerca del atolón.

Cuando el comandante Gap solicitó la identificación, Zila lo que hizo fue comunicarse con el atolón y solicitar que el comandante Cape fuera inmediatamente en su auxilio.

Al llegar a la altura de la lancha detenida, Louis Gap, acompañado de dos de sus marinos, subió a bordo.

Le recibió la propia Zila con una de sus atractivas sonrisas.

El comandante Gap hizo caso omiso de aquella bienvenida y preguntó:

—¿Por qué no han contestado a la solicitud de identificación?

—¡Ah...! ¿Pero la han solicitado? —mintió Zila.

—Naturalmente.

—Pues no nos hemos enterado. Ahora me explico la salva de aviso. Le ruego nos perdone, comandante.

Y Zila, como gatita mimosa, se aproximó un poco a él rozándole con su cuerpo.

Louis Gap, pasando por alto aquel roce, inquirió:

—¿Adonde van con esa prisa?

—Al atolón. Tenemos la residencia en las islas.

Por lo que le había informado James, dedujo que aquella mujer no podía ser otra que la jefe de aquel clan y que tanto le previno su amigo.

—¿Qué han sido las explosiones producidas a unas millas al norte de la bahía?

—¿Explosiones...? No nos hemos enterado, comandante.

—Es raro... Si nosotros las hemos oído desde donde estábamos fondeados, ustedes, por el rumbo que llevaban, a la fuerza se han tenido que dar cuenta.

—¿Insinúa que miento, comandante?

—Es una palabra demasiado dura, señorita. Yo diría simplemente que disimula.

—¿Por qué tenía que hacerlo?

—¡Ah! Usted sabrá. Pero desde este momento le digo que su contestación ha sido un tanto pueril.

—¿Por qué tiene que serlo...? Considere que me encontrara en mi camarote escuchando un poco de música clásica, por ejemplo, El *anillo de los nibelungos*, de Wagner, en cualquiera de su teatralogía.

Louis Gap pensó que no había podido elegir a autor más ruidoso para escudarse con él.

—En ese caso, lo mejor será que interrogue a su tripulación.

—Como quiera, comandante.

En aquellos momentos hizo acto de presencia el guardacostas mandado por el comandante Cape, quien había abandonado el atolón a instancias de Zila.

Subió a bordo un tanto airado, pero al encontrarse frente al comandante Gap, declinó su actitud.

Louis, al verle, exclamó:

—¡Vaya, hombre…! Ya era hora que aparecieras. ¿No has recibido la orden de relevo? Creía que te habías hundido por ahí.

—Hombre, precisamente me dirigía a la bahía cuando os he detectado —mintió Cape.

—Sí que es una casualidad.

—Me encontraba al límite de la demarcación cuando recibí el comunicado. ¿Pasa algo?

Zila se adelantó a la contestación de Louis, diciendo:

—Nada, Cape, que el comandante me preguntaba si había oído unas explosiones y yo le he dicho que no.

Cape, dirigiéndose a Louis, le manifestó:

—Puedes tener confianza con ella, Gap. Es una excelente persona y ahora que te harás cargo de la zona, tendrás ocasión de tratarla y te convencerás de ello.

Zila, con simulada inocencia, preguntó:

—¿Es que nos va a abandonar, comandante Cape?

—Por ahora, sí, Zila. Periódicamente nos cambian de zona y el que me sustituye lo tienes frente a ti, el comandante Louis Gap. Una excelente persona.

—Tanto gusto, comandante Gap. Siento el habernos conocido en esta circunstancia. Espero que nos haga frecuentes visitas al atolón. Siempre será bien recibido, como lo ha sido el comandante Cape y su

tripulación.

Louis decidió no proseguir en la investigación para dar la sensación de estar convencido y con ello secundar los planes de James no suscitando sospechas.

Manifestó galante:

—Siempre será un placer el pasar unas horas en su compañía.

—Pues cuando quiera, allí me tiene.

Al comandante Cape no le hicieron mucha gracia las palabras de Zila, pero como tenía mucho que ocultar se calló, despidiéndose de ella como la cosa más normal.

—Bien, Zila, pues hasta la vista. El deber me llama a otra parte.

—Hasta cuando quieras, Cape. Ya sabes dónde tienes unos amigos y esto lo hago extensivo al comandante Gap.

Louis se vio obligado a manifestar:

—Gracias, señorita. Siempre es bueno contar con amigos.

Abandonaron la lancha de Zila y ambos guardacostas se dirigieron a la bahía para efectuar el relevo.

CAPITULO X

James, gracias a los cuidados que le prodigó Lesley, se restableció pronto de sus heridas, aunque tuvieron que permanecer todo un día en su refugio debido a su estado febril.

Al día siguiente un guardacostas patrullaba lentamente por las inmediaciones del refugio donde se albergaba el pequeño submarino.

La señal de llamada se dejó oír y James estableció la comunicación:

—Llamando a «pececillo». ¿Me escuchas?

—Al habla «pececillo». Adelante.

—Efectuado relevo. Desastre a cinco millas norte bahía.

—Sí, ya lo sé, Louis.

—¿Estáis bien?

—Sí.

—Tenías razón, «pececillo». La muchacha es encantadora.

—No te has descuidado, Louis. Recuerda lo que te dije.

—Aun así, no deja de ser todo un tipazo.

—Pues allá tú si con su tipo y todo te saca los ojos.

—Procuraré que no suceda.

—Louis, puesto que ya la conoces, preciso que esta tarde le gires una visita. Creo no equivocarme que serás bien recibido.

—Hombre, pues precisamente ella ya me ha cursado invitación tan sólo al saber quién era.

—Muy bien, mejor. Seguramente que la invitación se prolongará hasta altas horas de la noche. Te dejas querer un poco para que prolongues tu estancia allí el más tiempo posible.

—Muy gustoso accederé a tu petición.

—Si oyes o ves algo raro en la isla pequeña, disimulas no darte cuenta. En caso necesario, mi ayudante se pondría en contacto contigo.

—De acuerdo. ¿Y cómo sigue tu bella ayudante?

Fue la misma Lesley quien le contestó:

—Muy bien, gran conquistador.

—Gracias por el calificativo. Tanto gusto de oírte, bella ayudante. Ardo en deseos de verte.

—¿No te parece que eres un tanto acaparador?

—¿En qué sentido?

—En el de que teniendo a la vista una conquista, ya quieres perfilar otra.

Louis rió un poco, para contestarle:

—Yo no he dicho tanto. Simple curiosidad.

—Es que así se empieza.

—Yo no trataría de privar a un amigo de su brazo derecho y más si tal brazo pertenezca al bello sexo.

James intervino:

—Pero esto, ¿qué es? ¿Un flirteó a través de las ondas?

—Ni mucho menos, «pececillo». Es un simple contacto herteiano con una bella colaboradora.

—¡Ah, bueno…! Siempre que sea así…

—¿Te sientes celoso, «pececillo»?

—Puede…

—No temas, no te la voy a quitar.

—Gracias por tu magnanimidad, pero no podrías.

—¿Me lanzas un reto?

—Te lanzo al cuerno, comandante.

—Bueno, eso ya me lo dirás cuando estemos los tres reunidos y te

preparas las narices, por si acaso.

—¿Te das cuenta qué marino más bravucón, Lesley? Mira, estoy temblando como hoja de árbol azotada por el viento…

Los tres rieron las bromas cruzadas y tras concretar algunos puntos, cortaron la comunicación.

* * *

James y Lesley se encontraban en el interior del atolón para vigilar de cerca las actividades de sus habitantes.

Pudieron ver a Zila que impartía órdenes por doquier y con vivas muestras de mal humor.

James contestó:

—Parece que nuestra «anfitriona» no está muy alegre.

—Sí, esa impresión da. Por lo visto todavía le debe durar la rabieta por haber sido interrumpida en sus planes.

—Creo que has dado de lleno en la causa.

En efecto, se la veía gesticular, tratar con despecho a sus subordinados, sin distinción de sexo, y todos parecían ir de cabeza.

La atención de ambos se centró en un anciano que se hallaba en la playa de la isla más grande acompañado de dos jóvenes muchachas con bañador que, de vez en cuando, recogían algo de la orilla del mar y se la llevaban al anciano.

Este permanecía sentado con una mesa delante y examinaba con suma atención lo que las chicas le llevaban.

Lesley preguntó:

—¿Será el científico que nos habló Goru?

—Puede que sí, puesto que está examinando las muestras que le llevan las chicas.

Al poco toda la actividad febril cesó.

El anciano fue retirado de la playa de la isla grande y trasladado a

la pequeña, para luego penetrar en uno de los edificios allí situados.

La playa que ocupaba solamente el sabio y sus dos ayudantes, fue poblada por jóvenes de ambos sexos, abundando las muchachas, dedicándose al placentero ejercicio de la natación o a reunirse en grupos o permanecer aisladamente.

Todo aquello tomó el panorama de un lugar de recreo e incluso la misma Zila apareció con sus dos piezas, de mínima expresión, para tumbarse en un sombrajo situado en lugar preferente.

James y Lesley se miraron extrañados ante aquel repentino cambio, pero la explicación la tuvieron momentos más tarde.

Cruzando las defensas naturales del atolón, hacía su aparición el guardacostas del comandante Louis Gap.

Supieron con certeza que se trataba de él porque nada más entrar en el atolón emitió la señal que tenían convenida a la que respondió James.

De este modo sabían con certeza de la presencia de ambos en el lugar.

Zila era toda amabilidad en él recibimiento que le dispensaba a Louis y éste no podía sustraerse a la atracción ejercida por la mujer.

James comentó:

—Mira a ese majadero, sólo le falta que le caiga la baba. Está como atontado.

Lesley, con una sonrisa irónica, adujo:

—El caso no es para menos. Hay que reconocer que esa Zila tendrá sus malos instintos, pero de tipo no está mal.

—No trates de justificar a Louis. Míralo, parece un colegial que ve por primera vez a una mujer.

—Difiero en tus términos. No es lo mismo una mujer, que ver a una provocativa mujer.

—¿Te has erigido en su defensora?

—Sólo trato de ponerme en su lugar.

—¿Y si fuera yo el que estuviera ante Zila?

Lesley se quedó un poco pensativa, para luego contestar tratando de eludir una respuesta directa:

—Lo más probable es que si tú estuvieras ante ella, puede que le dieras una gran alegría, pero sería por el placer de descuartizarte.

—Puede que tengas razón. Pero esto no contesta a mi pregunta. ¿Tratarías de ser tan indulgente si fuera yo el que se encontrara en el lugar de Louis?

Lesley se mordió los labios. La había colocado en un aprieto y ella siempre había sido sincera en sus manifestaciones y para salirse de la cuestión, contestó:

—Tú eres diferente, te conozco más...

—Luego..., ¿te importa que no me encuentre en esa situación?

—Pues...

—Por tu duda, ¿he de suponer que no te resulto indiferente?

—Naturalmente que no, pero como jefe.

Con una sonrisa maliciosa, James solicitó:

—¿Quieres repetirme por qué no te resulto indiferente?

Con idéntica sonrisa, Lesley contestó mimosa:

—Como jefe...

—¡Querida...! Te quiero desde hace mucho tiempo, pero me daba miedo de que te burlaras de mí.

—¿Por qué tenía que hacerlo?

—Por salirme siempre con una de tus bromas.

—Desde luego que sois majaderos los hombres... Precisamente me servía de ello para ocultar mis verdaderos sentimientos.

—¿Luego tú...? —inquirió asombrado James.

—Sí, jefe; te quiero, te quiero desde casi que te vi por primera vez.

—¡Válgame el cielo...! Y yo sin enterarme...

Las horas les pasaron como un soplo, sin darse cuenta de que su

amigo Louis había hecho muchos progresos con Zila y que su tripulación estaba muy distraída compartiendo con las muchachas sus mutuas diversiones.

Había anochecido ya y James, levantándose del asiento donde permanecía muy junto a él su reciente novia, suspiró al tiempo que decía:

—Bueno, querida. Hay que volver a la realidad. Nos aproximaremos a la salida pequeña, la de la piscina, para efectuar una inspección y al mismo tiempo colocar unos emisores.

Lesley, mostrando su natural temor por si le pasaba algo a su amado, trató de persuadirle:

—James..., ¿por qué no tratas de detenerles ya de una vez, puesto que tienes pruebas suficientes de sus actos delictivos?

—Lo hubiera hecho, pero ten presente que hay por medio personas inocentes e ignoramos cuál será su reacción en cuanto se vea al descubierto.

Lesley meditó un poco las palabras que terminaba de escuchar, para luego decirle:

—Perdona, James... Me he portado un tanto egoísta. Lo que he querido es evitarte riesgos. No sé lo que ahora sucedería si no te tuviera a mi lado.

—No va a suceder nada, querida, y en cuanto a estar a tu lado, en más de una ocasión me mandarás a paseo.

—Jamás sucederá esto. Te lo aseguro.

—Bueno, bueno... Ya veremos. Ahora a preocuparnos de esto y más tarde ya organizaremos nuestro futuro. ¿No te parece?

—Completamente de acuerdo.

Sigilosamente se fueron aproximando a la isla pequeña y una vez situados en aquella zona donde no alcanzaban las luces de los focos, James se deslizó silenciosamente al agua con un paquete en las manos.

Trepó por las rocas y una vez arriba, se dirigió a la parte posterior de aquel edificio donde estuvo la vez anterior.

Trepó hasta la ventana y en lugar disimulado camufló un emisor.

Una vez colocado, hizo la prueba, comunicando con un susurro de voz:

—Querida, el primer emisor colocado.

Dos tenues zumbidos fue la señal con que Lesley le dio a entender que la voz había sido captada en la emisora de a bordo.

Con cautela llegó a la otra esquina del edificio, en parte iluminada por los focos.

No vio a nadie y con pasos naturales se dirigió hacia el paso obligado de acceso a la piscina y embarcadero a la vez.

Un poco más lejos hizo acto de presencia un individuo, pero James no se inmutó, prosiguió su camino como si nada.

El hecho de que el otro no hiciera el menor caso de su estancia en aquel lugar, fue que era frecuente el ver a los individuos que iban por allí llevando como única indumentaria un bañador.

Estaba terminando de colocar el segundo emisor, cuando alguien le decía algo.

Al momento comprendió que se expresaba con el lenguaje del planeta Estrilus.

James estaba en cuclillas dedicado a su menester y levantando la cabeza vio a aquel ser que había aparecido sin él darse cuenta.

Viéndose descubierto, hizo acopio de serenidad y con aplomo le contestó de forma gutural, emitiendo sólo sonidos.

Naturalmente el otro no se enteró de nada y volvió a insistir aproximándose más a él y repitiendo lo que debía ser una pregunta.

James se había levantado ya y sus músculos estaban tensos para repeler cualquier agresión.

El visitante inesperado se fijó de un modo significativo en el bañador que llevaba y acto seguido, sin darle tiempo a nada, arremetió contra James.

Pero éste, que ya estaba prevenido, no tuvo más que hacerse a un lado y el visitante, al encontrar el vacío, dio un traspié y por un momento se detuvo con dificultad al mismo borde de la piscina y acto seguido, dando un grito desgarrador, perdía el equilibrio cayendo a la piscina.

En seguida alrededor del recién caído se armó un gran alboroto en las aguas y perfectamente pudo ver una estrella de mar gigantesca que atrapaba el cuerpo de aquel pobre infeliz.

James no se entretuvo en ver más. Con toda la rapidez que le permitían sus piernas, corrió hacia una parte edificio que estaba en penumbra y llevando el paquete consigo.

Hizo bien en desaparecer de la zona iluminada, puesto que varios individuos hicieron acto de presencia atraídos por el grito.

Contemplaron las aguas agitadas de la piscina y comprendieron lo sucedido. Sin inmutarse, dieron media vuelta y cada uno se fue por donde había aparecido.

James pensó que por lo que había presenciado aquellos casos serían frecuentes o que no concedían el menor valor a la existencia humana.

CAPITULO XI

En el mismo lugar donde se ocultó, James puso en funcionamiento un emisor y con un hilo de voz, dijo para tranquilizar a Lesley:

—Querida, el segundo emisor colocado. He sido sorprendido, pero me he librado del visitante. Voy a entrar en el edificio.

A continuación escuchó las dos señales de haber captado su mensaje.

Cerca de donde estaba había una puerta, la tanteó y cedió a su impulso.

Cuando se habituó a la oscuridad allí imperante, por la poca luz que se filtraba a través de los ventanales, pudo deducir que aquella estancia se trataba de un laboratorio.

Contiguo al mismo existía una puerta. La fue abriendo poco a poco y vio inclinado sobre una mesa y de espaldas a él, un hombre que estaba buscando algo sobre ella ayudándose de un haz de luz.

Ya había penetrado en la estancia aquella cuando el hombre de la mesa intuyó que allí había alguien más y volviéndose le dirigió el haz de luz a la cara.

Acto seguido apagó el generador de luz y pretendió salir a la fuerza.

Pero James no se lo consintió. Arremetió contra aquel que quería escapar y aunque a ciegas, logró alcanzarle en dos ocasiones.

Pero aquel individuo no se quedó cruzado de brazos y a su vez atacó al obstáculo que le impedía la huida.

James tenía cierta ventaja porque veía la sombra de su atacante que se dibujaba a través de la poca luz que se filtraba por una ventana.

Esto le facilitó que le alcanzara en pleno rostro y por la dureza con que chocó su puño, debía de tratarse del mentón.

Aquella sombra se tambaleó y cayó al suelo a tiempo que también

oyó algo metálico.

Tanteó con los pies por si se trataba de alguna arma y cuando tropezó con el objeto, lo recogió.

Al palparlo dedujo que se trataba del generador de luz. Accionó el dispositivo y un haz de luz iluminó el pequeño espacio a donde era dirigido.

Lo encaró al rostro del caído. Estaba sin sentido. Después fue recorriendo su cuerpo desnudo, llevando, como él, un bañador como única prenda.

Dirigió el haz a su mano derecha por si empuñaba algún arma y quedó gratamente sorprendido.

¡A aquella mano le faltaba el dedo meñique...!

Se inclinó rápidamente y dándole unos golpecitos al rostro, le llamó en voz baja:

—¡Turso..., Turso...!

El caído meneó un poco los párpados, para luego ir abriéndolos como si despertara de un pesado sueño. James le volvió a llamar:

—Turso, Turso... Perdona, de haber sabido que eras tú...

El muchacho se incorporó quedando sentado en el suelo y acariciándose la parte dañada.

Parecía que había recobrado toda la lucidez, porque preguntó:

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Quién eres tú?

—Conozco tu nombre por nuestro común amigo Goru.

A Turso se le notaba cierta desconfianza y aún quiso saber más, preguntando:

—¿Dónde has visto a ese tal Goru?

—En un diminuto submarino al salvarnos de ser atrapados por Zila.

Pareció que esto le tranquilizó y quiso saber:

—¿Dónde está Goru?

—El pobre Goru falleció a consecuencia de una herida recibida

por ayudarme a salvar a una ayudante mía.

Y James le dio pormenores del hecho y su doloroso final.

Turso estaba vivamente afectado y apenas pudo articular:

—¡Mi buen amigo Goru…!

James respetó por un momento su silencio, pero luego preguntó:

—¿Estamos seguros aquí, Turso?

—Sí, mejor que en otra parte. El científico está descansando y Zila ya tiene bastante con el comandante del guardacostas hasta bien entrada la madrugada.

James sonrió y le informó:

—El comandante del guardacostas actual es un buen amigo. Está informado de todo, incluso de tu existencia. Te lo digo por si precisas recurrir a él, lo puedes hacer con entera confianza.

—Gracias, es un consuelo saber que se tienen amigos.

—Turso, Goru me hizo varias recomendaciones: librarme de los asteroideos, que entre paréntesis, ya he conocido sus caricias; conseguir un antídoto del científico; ayudarte a liberarlo del dominio de Zila y que lo devuelvas al planeta Estrilus; y, por último, algo que no logramos descifrar porque expiró antes de que nos lo pudiera explicar. Repitió varias veces: «Cada diez días». ¿Tiene algún significado esto?

—Ya lo creo, y mucho. En otra ocasión te lo explicaré. Ahora lo más importante es terminar de copiar la fórmula del antídoto y su confección. Cosa que estaba haciendo cuando tú me has sorprendido.

Entonces James le explicó a lo que había ido y cómo fue sorprendido por aquel individuo que cayó a la piscina.

—Entonces ya no es necesario que te diga el contenido de la piscina.

—Sí, ya lo sé. Las estrellas de mar gigantes.

—En cuanto a que te atacara, te reconoció por no llevar el bañador del atolón. Aquí lo llevamos igual. Te daré uno para que te lo pongas.

—No sé por qué, sospeché algo de esto cuando el que me atacó se

fijó en mi bañador. Por cierto, los demás no hicieron nada por salvarle.

—Por saber a lo que se exponían y por otra parte, aquí las faltas se pagan con ser pasto de los asteroideos gigantes. Es norma impuesta por la despiadada Zila.

Calló un momento mientras terminaba de copiar la fórmula y luego continuó:

—Por cierto, que a ésta la tienes muy enfadada por el descalabro que le ocasionaste al destruir sus estrellas de mar y fracasar en incursión. Sospecha que es obra tuya y está removiendo cielo y tierra para encontrarte.

—Mientras no lo haga por mar, estoy tranquilo.

—Otra cosa, el revuelo que se armó cuando terminaron de marcar la última remesa de pobres infelices, ¿eras tú?

—En efecto, fui yo.

—Por un momento imaginé que se trataba de Goru. ¡Y cómo os la habéis arreglado para irrumpir en el atolón sin ser vistos?

James le explicó el procedimiento que habían utilizado y Torsu manifestó complacido:

—Muy ingenioso, pero también muy peligroso el permanecer dentro del atolón.

—Por eso he procurado actuar de noche, que es cuando mayor garantía me ofrece.

* * *

En el laboratorio reinaba una silenciosa y febril actividad.

Dos sombras se movían furtivamente y Turso, que resultaba ser un excelente químico y biólogo, fue preparando el antídoto ayudado por James.

Turso le decía:

—Me ha costado mucho averiguar que el científico tenía la fórmula. Como bien te dijo Goru, le tienen engañado y él sólo vive

para su ciencia y como le dan todo lo que pide, de ahí que se encuentre a gusto ignorando por completo el uso que se hace de sus macro-estrellas.

—Y con el antídoto, ¿lograrás destruirlas?

—En síntesis, sí. La sustancia principal actuará esencialmente sobre el protoplasma y núcleo de las células hipertróficas, es decir, las que originan el excesivo crecimiento. ¿Comprendes?

—Sí, entiendo.

—Es más, la dosis que entra en la composición de este preparado, resultará letal o mortal, como quieras decirle, para aquellos asteroideos que hayan pasado de su tamaño normal o bien iniciado el proceso de crecimiento excesivo.

—¿Y qué sucederá con los más pequeños?

—A estos les imposibilitará el asimilar el proceso de hipertrofia, por lo tanto las estrellas de mar con su tamaño normal, se quedarán tal como son, aunque se les pretenda someter a un proceso de crecimiento.

—Comprendido perfectamente.

Cuando Turso, con la cooperación de James, hubieron terminado de preparar aquel antídoto, el primero manifestó:

—Voy a por un bañador para ti. Así no llamarás la atención.

—De acuerdo. Yo mientras colocaré un emisor en la mesa de trabajo del científico. Me interesa controlar cuanto pueda ocurrir aquí.

—Buena idea. Si dispones de más cantidad, podrías darme dos, uno para colocarlo en la estancia que utiliza Zila y otro para mí, por si tengo que comunicarte alguna novedad.

—Sí, toma. Dispongo de dos más.

Turso se fue tranquilamente del laboratorio, mientras James efectuaba su trabajo, que una vez instalado comunicó a Lesley:

—Querida, no te impacientes. Todo va bien. Me he comunicado con Turso. Ya te contaré.

Sonaron los dos zumbidos de haber recibido la noticia.

A los pocos segundos apareció de nuevo Turso, quien le llamó:

—¿James?

—Sí, aquí estoy.

—Toma, cámbiate de bañador. El sustituido te lo llevas contigo y lo lanzaremos a la piscina antes de diluir el antídoto. Seguro que desaparece en un segundo.

—Como digas.

En un momento hizo el cambio y anunció:

—Ya está.

—Bien. Coge estos dos frascos, yo llevo dos más. Estos que te doy los guardas en el submarino por si nos hace falta más y los que yo llevo los diluiré en la piscina.

—De acuerdo.

—Otra cosa. Es conveniente que no nos vean, aunque si esto ocurre no pasará nada. No es la primera vez que viene otro conmigo a investigar la piscina. Pero como en este caso se originará gran revuelo, procuraremos no ser vistos.

James le dijo entonces:

—En este caso, es mejor que me sigas.

—Pues adelante.

Salieron del laboratorio con los frascos en su poder y James le guió por el camino que él utilizó para no ser visto.

Una vez descendieron las rocas, al amparo de éstas y por tanto a la sombra que proyectaban en la orilla, alcanzaron el lugar donde estaba situada la piscina.

Una vez allí le fue fácil a Turso encaramarse al borde de la misma y a cubierto de miradas indiscretas, vaciar el contenido de ambos frascos.

James le esperaba sumergido en el agua y decidió que su bañador se lo llevaría consigo, puesto que le servía de envoltura a los dos frascos que tenía que llevarse al submarino.

A los pocos segundos Turso regresó, susurrando:

—Ya está... Mañana será la sorpresa.

—Perfecto. ¿Por qué no te vienes al submarino para ultimar las cosas? Está a unas brazas de aquí y ahora ya sabes el camino de regreso sin que te descubran.

—Conforme.

Silenciosamente dos cabezas fueron acercándose hacia la torreta del sumergible y una vez allí, se introdujeron por la escotilla.

Lesley, con la impaciencia y el temor reflejado en su rostro, se abrazó a James, exclamando:

—¡Oh, James...! ¡Qué susto me has hecho pasar cuando te descubrieron...!

—Calma, querida. Ya ves que no ha pasado nada. Mira, éste es Turso, el que nos indicó nuestro común amigo Goru. Mi prometida, Lesley Valley.

—Tanto gusto en conocerte. Eres muy hermosa.

—Encantada y gracias por el cumplido.

James, en pocas palabras, le fue explicando a Lesley cuanto había hecho en su incursión y el encuentro que tuvo con Turso.

La muchacha sonrió, manifestando:

—La verdad es que, dejando su parte seria, no deja de ser un tanto cómico.

—En efecto, vapuleándonos los dos y militando en el mismo bando.

Posteriormente planearon la forma de sacar de allí al científico y Turso, añadió:

—También es conveniente liberar a unas cuantas muchachas. Muchas de ellas no están conformes con las vejaciones a que se les somete y no sabemos cómo reaccionará Zila cuando se entere de lo que hemos hecho.

Tras ultimar detalles, Turso se despidió abandonando el sumergible, no sin antes decirle James:

—Nosotros permaneceremos en la entrada del atolón, en la nuestra, por supuesto. No quiero perderme el espectáculo. Si necesitas algo, ya sabes que estaremos cerca.

—Lo tendré presente.

CAPITULO XII

Turso no se equivocó en su predicción. En efecto, bien avanzada la madrugada, el guardacostas del comandante Louis Gap abandonaba el atolón.

Ya bien entrada la mañana, en la isla pequeña donde estaba situada la piscina, se vio un movimiento inusitado.

Turso, a través del emisor, comunicó:

—James, ya lo han descubierto.

James emitió la señal de recepción y despertando a Lesley, le dijo:

—Querida, si no quieres perderte el espectáculo, ven aquí ante la pantalla.

—Claro que no me lo pierdo.

Gracias a los emisores que James instaló, se pudieron enterar de todo como si estuvieran presentes, pues aunque hablaban su nativo lenguaje, el traductor electrónico cumplía fielmente su cometido.

En estos momentos hizo acto de presencia Zila, hecha un basilisco.

La belleza de su rostro había desaparecido por completo a consecuencia de la orgía pasada y de la ira que la poseía.

Nada más llegar al borde de la piscina, gritó:

—¿Qué ha pasado aquí, imbéciles? ¡Traerme inmediatamente al sabio y a su ayudante! ¿Así es como cumplís vuestra misión de vigilancia, perros inmundos...?

Los que la rodeaban llevaban en sus rostros reflejado el terror.

Al poco apareció el anciano científico y Turso.

Zila se encaró con el primero.

—¿Puedes decirme qué ha pasado, viejo chocho?

—¿Qué ha pasado...? ¿El qué?

—¿Acaso no alcanzas a ver más allá de un palmo de tus narices? ¡Mira…! Todas tus preciosas estrellas flotando muertas…

—¡Oh…, mis asteroideos…! ¿Quién los ha matado…? Con lo que me ha costado conseguir este éxito, único caso en la historia de los tiempos… Yo que trataba de cuidarlos con tanto mimo…

Zila le interrumpió:

—¡Déjate de sandeces…! Y tú, «cuatro dedos»… ¿Es éste el modo que cuidas del vivero?

Turso, que no era otro al que había aludido, con toda tranquilidad le contestó:

—Dices bien, cuido del vivero, pero no de la vigilancia del mismo.

Zila todavía montó en más ira ante la tranquilidad de Turso.

—¿Sabes que me resultas insolente y con mucho gusto te ahorcaría si no fuera por necesitarte este viejo idiota?

Turso se limitó a sonreír escéptico.

Zila, dirigiéndose de nuevo al científico, le manifestó, airada:

—Tú, sabio. Necesito saber lo que ha pasado y ahora mismo. ¡Traer aquí una mesa y lo que sea necesario!

Fueron a cumplir lo ordenado y, naturalmente, Turso también lo hizo.

Mientras, Zila se paseaba como fiera enjaulada.

El científico procedió a analizar las aguas, y a poco su dictamen fue:

—Las aguas han sido contaminadas, a consecuencia de lo cual han muerto los macroasteroideos.

Zila montó en cólera, preguntando:

—¿Quiénes estaban de guardia?

Cuatro jóvenes se adelantaron y uno de ellos contestó por los demás:

—Nosotros.

—¿Visteis algo?

—Sólo oímos un ruido, salimos y vimos a uno que había caído al vivero.

—¿Por qué no me lo comunicasteis? ¡Ahórcalos inmediatamente!

Los muchachos, sorprendidos, fueron apresados por otros componentes de la guardia y conducidos a la parte posterior del edificio. Momentos después, volvían los guardias sin los apresados.

Mientras tanto, Turso se fue por el borde de la piscina o vivero, e inmutable, dijo:

—Zila, aquí hay dos frascos.

Turso, con toda intención, luego de verter su contenido, dejó uno en el mismo borde de la piscina y el otro en las rocas junto al agua.

Zila fue hacia allí, se quedó mirando lo que le indicaba Turso, y exclamó:

—¡Maldito sea! Esto no puede ser obra más que de ese agente asqueroso. Pero me las tiene que pagar todas juntas en cuanto le pille y no he de cejar hasta que lo logre.

Luego, dirigiéndose al científico, le exigió:

—Viejo, necesito cuanto antes disponer de una legión de grandes estrellas de mar. He de arrasar con ellas todo el litoral y entonces sabrán quién es Zila.

El científico le contestó:

—Eso no puede ser, muchacha. Se necesitan, por lo menos, diez días para que se efectúe el proceso.

—¡Pues lo haces en dos! Con ello va tu pellejo y el de tu ayudante.

El científico no hizo caso de su amenaza; estaba como si tratara de asimilar unas palabras, y al fin preguntó:

—Muchacha, ¿qué has querido decir que con ellas arrasarás todo el litoral?

Zila se dio cuenta de su indiscreción, puesto que el científico ignoraba el uso que hacía de los asteroideos gigantes.

Le contestó de malos modos:

—Nada. ¿Y quién eres tú para pedirme cuentas?

—Soy el creador de esos magníficos ejemplares de estrellas de mar, el que ha logrado alcanzar…

—¡Silencio! No estoy para oír tus estupideces. O haces lo que te he dicho o te acortaré la existencia antes de una hora. ¡A vuestro trabajo y en seguida!

El pobre anciano compuso una cara de extrañeza ante el modo tan impertinente con que era tratado por Zila, y dando media vuelta, se fue acompañado de Turso.

Ya en su despacho, el científico se cogió la cabeza con ambas manos apoyando los codos sobre la mesa y después de un momento de silencio, manifestó:

—Muchacho, me parece que tienes razón en lo que tantas veces me has repetido. Yo que la creía una verdadera admiradora de la ciencia…

—Claro, señor. ¿Por qué tenía que mentirle? Zila le tiene secuestrado para sus fines y los animales que usted ha creado los utiliza para sembrar el terror y la destrucción.

—No podía creerlo. Pero al decir ella esas palabras… y el modo tan desconsiderado con que se ha portado, no me queda otro remedio que doblegarme a la evidencia.

Luego, como poseído de un febril temor, continuó:

—Muchacho, debes de salvarte, vete cuanto antes. He leído en sus ojos que es capaz de dar cumplimiento a su amenaza. Yo ya soy un pobre viejo que nada puede esperar de la vida.

—Señor, nos iremos los dos. Todo lo tengo preparado y volveremos a nuestro planeta.

—No nos va a dejar tranquilos. Vete tú, al menos.

—Señor, los dos o ninguno.

El anciano le miró con benevolencia, y al fin, consintió:

—Bien, muchacho, como tú digas.

Toda esta conversación fue escuchada por James y Lesley, pero después escucharon otra menos tranquilizadora.

* * *

Zila se había ido al alojamiento que tenía en la misma isla que estaba el laboratorio y piscina.

Gracias al emisor que colocó Turso, se pudieron enterar de sus planes.

—Quiero que vigiléis de cerca al ayudante del sabio. Ha sido demasiado fácil que descubriera los frascos… Por otra parte, el maldito agente ese, ¿cómo ha podido llegar hasta aquí sin ser visto? Hay algo que no encaja bien.

Una voz de hombre se dejó escuchar:

—Quizá no hayas pensado en una cosa, Zila.

—¿En qué?

—El guardacostas del comandante nuevo.

Pareció que estas palabras hicieron mella en ella, y al cabo de unos segundos, se oyó decir:

—No puede ser; le tengo atrapado en mis redes… y lo conceptúo digno de confianza.

—No te fíes… Entonces, ¿cómo ha podido llegar hasta el vivero el agente si no es por mediación del guardacostas? Estuvisteis juntos hasta bien avanzada la madrugada.

Ella se enfureció.

—¿Nuevamente espiándome? ¿Otra vez tus ridículos celos? El día que me canse, te costará caro.

—Zila, tú sabes que te quiero para mí solo; no me importa que hayas estado con otros.

—¡Cállate, imbécil!

Pero luego cambió totalmente de tono de voz, y le dijo:

—Mas, recapacitando lo que has dicho, puede que tengas razón. Vámonos a la otra isla y llamaré a ese comandante.

* * *

Lesley y James se miraron. La primera dijo:

—Tendrás que advertir a tu amigo.

—Sí, tras esta conversación que hemos escuchado, ya entraba en mis cálculos. Lo malo es que no puedo avisar a Turso, pero es un muchacho listo y espero que se dé cuenta de ello.

Vieron cómo Zila, acompañada por uno de sus secuaces y fácil era adivinar que era el que mantuvo la conversación con ella, se trasladó a la isla más grande y se introducía en un edificio.

Posteriormente, las dos lanchas rápidas de que disponían y que estaban ancladas en el desembarcadero de la isla grande, vieron cómo cambiaban de fisonomía.

Sobre cubierta, tanto a proa como a popa, aparecieron sendos cañones en cada una de ellas, disponiendo sus cargas correspondientes, para luego ser camuflados.

James comentó:

—Malo... Esto me huele a emboscada.

—Y a mí también —confirmó Lesley.

Luego pudieron apreciar cómo las dos lanchas rápidas se dirigían hacia la salida del atolón, pero se quedaron dentro, a una cierta distancia del paso obligado.

Vieron también a los que estaban al servicio de la compuerta para abrir y cerrar el paso, cómo comprobaban el funcionamiento mecánico de dos cañones que tenían emplazados en lugares disimulados.

En vista de todo ello, James suspiró, para luego exponerle a Lesley:

—Querida, no tendremos más remedio que salir del atolón y arriesgarnos a localizar a Louis. Hay que enterarle de lo que le preparan y hacer una rectificación en nuestros planes de esta noche.

CAPITULO XIII

Abandonaron el atolón, y ya alejados del mismo, efectuó la llamada a Louis.

Habían transcurrido unos segundos cuando recibió la contestación con la consigna:

—Adelante, «pececillo».

—Louis, era urgente que te llamara. ¿Has recibido alguna llamada de Zila?

—Sí, por cierto. Y voy hacia allá. Irresistible que es uno. ¿No te parece?

—Hombre, pues qué quieres que te diga. Cuando te diga lo que tengo que anunciarte, ya me contestarás.

—Te escucho.

—Como primera providencia, te preparan una celada con todas las de la ley. ¡Ah! Y antes que se me olvide, no vayas tan aprisa al lado de tu amadita. Procura llegar a la isla entre dos luces. Ha sucedido que...

James le fue relatando los acontecimientos desarrollados, la causa de la llamada de Zila, sin olvidarse de señalarle la situación de las lanchas rápidas y el armamento que disponían.

Al término de su información, le preguntó, guasón:

—¿Te contesto ahora a la preguntita sobre tu irresistibilidad?

—¡Y un cuerno! ¡La muy ladina de esa Zila...! De no advertirme hubiera caído como un colegial. Para que te fíes de las apariencias...

—No puedes llamarte a engaño, puesto que te lo advertí.

—Sí, pero... ¿a quién amarga un dulce?

—¡Alto! No te extiendas en detalles, que estoy acompañado nada menos que de mi novia.

—¡Hombre! Enhorabuena a los dos. Ya lo celebraremos.

—No faltaba más. Y gracias —contestó Lesley.

—A ti, preciosidad desconocida —le piropeó Louis.

—Con Lesley no te valdrá tu fama de marino. Está en antecedentes.

—Eres un soplón, «pececillo».

Estuvieron gastándose bromas durante un buen rato, puesto que disponían de tiempo, para después coordinar la defensa y el ataque conjuntamente.

Ambos navegaban a media marcha y en paralelo, aunque James y Lesley sumergidos para no ser sorprendidos ante una eventual visita inesperada.

James le preguntó:

—Oye, Louis, ¿podrás admitir, llegado el caso, a unas pasajeras a bordo?

—Hombre, no es lo reglamentario, pero ante un caso excepcional, serán admitidas.

—Es que, verás, tenía planeado llevarlas a tierra, pero esto nos llevaría cierto tiempo, y tal como están las cosas...

—Ni una palabra más. Cuando terminemos de ultimar todos los detalles, convocaré a la tripulación para ponerles al corriente de todo y que faciliten tu labor.

Volvieron a repasar nuevamente sobre el modo que debía de comportarse Louis ante Zila para que creyera que, en efecto, James había ido con el guardacostas y, finalmente, el modo de salir de la encerrona que le habían preparado.

Por último, comprobaron los cronómetros y se separaron con el mutuo deseo de que la suerte les acompañara en su cometido.

* * *

Cuando James y Lesley llegaron al interior del atolón, Louis ya estaba allí.

Inspeccionaron la posición de las lanchas rápidas y seguían en el

lugar donde las dejaron.

Había anochecido ya, por lo que James, sin demora alguna, condujo el sumergible a la parte posterior de la isla pequeña.

A la hora convenida, recibió la comunicación de Turso:

—James, estamos preparados. Hay seis muchachas y el científico, al que, por fin, he logrado convencer. Ven rápidamente. He tenido que valerme de mis artes para eludir la vigilancia a que estoy sometido.

James emitió las dos señales de recepción y luego se aproximó a un lugar que formaba una plataforma con suficiente profundidad para la quilla del submarino.

Turso ayudó a subir a bordo primero al anciano científico y luego a seis muchachas, todas ellas con el bañador de dos piezas, y en su seno la marca de la estrella marina.

James y Lesley las ayudaron a acomodarse en el interior del sumergible, que por cierto iba supercargado. Pero no había más remedio.

Toda esta operación se realizó en el más absoluto de los silencios.

Luego, Turso y James mantuvieron un cambio de impresiones en voz baja:

—James, será mejor que pongas en práctica la otra parte del plan, o sea, que los desembarques en el guardacostas y vuelvas a por las demás.

—El guardacostas está también en peligro, Turso.

—Pero la cosa anda muy revuelta y no te dará tiempo a volver para recoger a las demás. Por otra parte, ya te he dicho que me tienen sometido a vigilancia. Ahora los he podido burlar, más tarde ignoro si lo lograré.

—En fin, si ves tan mal las cosas, no nos queda otro remedio que arriesgarnos. Los llevaré al guardacostas.

—De acuerdo. Aquí te esperaré con otras seis muchachas.

—En seguida que pueda, vuelvo.

Y sin más, el submarino se puso en movimiento con aquella carga humana.

Las muchachas mostraban un rostro entre asustadas y contentas. En cambio, el anciano científico permanecía inmutable, como si nada extraordinario estuviera sucediendo.

Dieron la vuelta a la isla pequeña, para pasar luego a la grande y situarse tras la popa del guardacostas.

Una vez allí, emergió lo indispensable y James dio tres golpes al casco de la embarcación.

Acto seguido se deslizó, sin el menor ruido, una pasarela y por ella fueron subiendo las seis muchachas y el científico.

Otros tres golpes y la pasarela se retiró, desapareciendo acto seguido el submarino.

Sin ninguna dificultad, llegaron de nuevo a la parte posterior de la isla y embarcaron a las seis jóvenes restantes.

James le dio a Turso un pequeño paquete, recomendándole:

—Una vez lo hayas colocado en el polvorín, acciona esta palanca para que el control remoto pueda actuar y espéranos aquí que pasaremos a por ti. ¿Tendrás suficiente tiempo?

—De sobra.

—Hasta luego.

Salvo el peligro que representaba llevar un exceso de carga en el submarino, la segunda fase de la operación rescate quedó ultimada felizmente.

—Y ahora nos iremos a por Turso y esperaremos el golpe final.

—Ya tengo ganas de terminar de una vez con todo esto, James.

—Y yo también, querida.

De nuevo se encontraban en el lugar donde embarcaron a las muchachas, pero Turso no estaba esperándoles.

—¿Le habrá pasado algo? —inquirió Lesley, temerosa.

—No creo. Quizá se le haya presentado alguna dificultad. Esperaremos un poco.

La explicación del retraso la tuvieron segundos después al comunicar el emisor de Turso y funcionar el traductor electrónico.

Pudieron oír:

—¡Eh! ¿De dónde vienes? ¿No se te ha ordenado que permanecieras en el laboratorio?

Reconocieron la voz de Turso, al contestar:

—Necesitaba unos productos y he ido al almacén.

—Se os ha ordenado que trabajéis sin descanso. Al laboratorio inmediatamente, y si necesitas algo, lo pides. Si te veo por aquí fuera, no tendrás ocasión de repetirlo.

Se oyó cómo abrían una puerta y luego:

—¿Dónde está el sabio?

—Está indispuesto y se ha acostado un poco. Yo me ocupo del trabajo.

—Pues que se levante. Hay que cumplir las órdenes de Zila. Voy a traerlo.

Turso se apresuró a decir:

—No lo hagas. Ten en cuenta que es un anciano y la desaparición de sus estrellas de mar le ha afectado en gran manera. Ya te he dicho que del trabajo me ocupo yo.

—Déjate de sensiblerías. Hay que cumplir lo ordenado por Zila.

Se originó un silencio y acto seguido se notó un forcejeo y un golpe seco.

El que llevaba la voz cantante habló de nuevo:

—Conque durmiendo, ¿eh? ¡Perro traidor! ¡Animarle!

Se podía apreciar una respiración fatigosa y luego más sosegada.

Nuevamente la voz desagradable de aquel individuo, preguntando:

—¿Dónde está el sabio? ¿Contesta!

—No sé... Yo le dejé en el lecho. Habrá salido.

—¡Mientes, traidor! De aquí dentro no ha salido nadie. ¿O si? ¿Por dónde has salido tú?

—¿Yo? Por la puerta.

—¡Falso! La puerta estaba bien vigilada y por ella no ha salido nadie. ¿Qué has hecho del sabio, traidor?

Y acto seguido se oyó un golpe, por lo que era fácil deducir que el castigado era Turso, pero de él no salió ni la más ligera queja.

—Vosotros dos, el uno que vigile la puerta exterior-mente y el otro que no pierda de vista a este traidor. Al menor movimiento sospechoso, le levantas la tapa de los sesos. Te hago responsable directamente y sabes lo que te ocurrirá si se escapa. Lo mismo digo para ti, como le dejes salir. Yo me voy a decirle a Zila lo que ocurre.

Y después, el silencio más absoluto.

James comentó:

—Parece que nuestro amigo está en dificultades.

—Eso parece. ¿Qué vamos a hacer?

—Iré a por él, naturalmente. Por lo pronto, para tranquilizarle, emitiremos las señales de haber captado la conversación.

Así lo hizo, y acto seguido se trasladaron a las proximidades de la roca por donde él había desembarcado en otras ocasiones.

Se puso el bañador que le dio Turso y acto seguido se deslizó al agua, no sin antes recomendarle Lesley:

—Ten mucho cuidado, James.

—No tengas miedo. Volveremos los dos.

Y tras darle un beso a su prometida, se fue hacia la orilla.

Escaló las rocas y salió de la oscuridad a la parte iluminada con toda naturalidad.

Algunos le vieron, pero como llevaba el mismo atuendo que usaban ellos, no le hicieron el menor caso.

Esto le permitió cruzar aquella zona iluminada y aproximarse sin despertar sospecha alguna, al centinela que estaba apostado a la puerta del laboratorio.

Cuando éste quiso darse cuenta de que el visitante le resultaba un desconocido, no le dio tiempo a nada.

James le aplicó un golpe en un centro neurálgico que le dejó sin sentido.

Lo sostuvo con las manos para que no cayera y pudiera llamar la atención y utilizándolo como escudo, penetró de golpe en el laboratorio, cerrando acto seguido la puerta con el pie.

El centinela que había en el interior vaciló un momento ante la inesperada visita.

Esto le perdió; fue suficiente para que James, dando un salto felino, cayera sobre él y de un certero golpe dejarlo sin sentido.

Turso, con una satisfactoria sonrisa, exclamó:

—Buen trabajo, James. Sabía que acudirías en mi auxilio.

—¿No has oído la señal de recepción?

—No me he dado cuenta.

En un abrir y cerrar de ojos dejó a Turso libre de las ligaduras que le imposibilitaban.

—¿Has colocado el explosivo en el polvorín?

—Sí.

—¿Y por qué no has acudido al lugar de la cita?

—Me olvidé de recoger los descubrimientos del científico y vine a por ellos cuando me pillaron.

—Pues, nada. Recoge lo que sea y lo envuelves con algo impermeable, pues tendremos que remojarnos la barriga.

Mientras Turso, con la máxima rapidez recopilaba los documentos que le interesaban, James amordazó y maniató a los dos centinelas que le miraban hacer con el terror reflejado en sus ojos.

—Ya lo tengo todo; podemos irnos, James. No, no, por esa puerta principal, no. Salgamos por una disimulada que hay en la parte posterior.

—Mejor que mejor.

Y tanto que fue mejor, puesto que sin ningún temor pudieron llegar a las rocas, ya que todas ellas quedaban en la penumbra.

Subieron al submarino, donde fueron recibidos con muestras de

gran alegría por Lesley.

—Y ahora, rápidamente al guardacostas a esperar la señal de Louis.

* * *

El comandante Louis Gap tenía preparada a toda la tripulación, aunque sin que dieran síntomas o sospechas de saber lo que se les avecinaba.

El solo bajó del guardacostas, siendo recibido muy amablemente por Zila.

—Tenía ganas de verte, Louis. Han ocurrido cosas raras.

—Yo también deseaba verte, Zila. ¿Qué ha pasado?

Zila reparó que la tripulación permanecía a bordo, por lo que apuntó:

—¿Por qué no dejas que tus muchachos se diviertan un poco en compañía de las jóvenes?

—No puede ser; les tengo sometidos a castigo disciplinario.

—¡Oh, qué lástima! Yo que les tenía preparada una fiesta especial...

—Lo siento.

Pero para su interior, Louis ya suponía de qué se trataba aquella especialidad.

—¿Y qué ha pasado, Zila?

—Mira, Louis, te lo voy a decir con franqueza. Aquí, al atolón, no puede entrar nadie sin ser controlado. Los viveros que poseo en la otra isla, de un valor incalculable, han sido destruidos por una mano criminal. La única forma de que haya entrado es valiéndose de tu barco.

—¿Quieres decir de polizón?

—De polizón o... con consentimiento tuyo.

—Puede que…

No pudo continuar porque en aquel momento hacía acto de presencia un individuo que dirigiéndose a Zila en su jerga, le habló de forma atropellada.

La expresión de Zila cambió totalmente y a sus palabras rudas se unió la ira que se plasmaba en sus ojos.

Luego que despidió de malos modos a aquel individuo, su expresión se dulcificó, y mimosa, le preguntó:

—¿Por qué no me llevas a visitar tu barco? Siento curiosidad por verlo, y si no estuviera la tripulación, podríamos pasar un rato agradable en nuestra soledad.

—Lamento la circunstancia que concurre, pero no puedo quebrantar la disciplina. En cuanto a la visita, la podemos efectuar igual.

La impaciencia traicionó a Zila, puesto que, levantándose rápidamente, dijo:

—¿Vamos?

Subieron a bordo y nada más hacerlo, la tripulación, con disimulo, soltó amarras.

Louis, con una complaciente sonrisa, le manifestó:

—Hay algo curioso a bordo que te va a sorprender.

—¿Sí? ¿Qué es ello?

A tiempo que abría la puerta del comedor, le dijo:

—Mira.

En su interior estaba el anciano científico y las doce muchachas.

A la sorpresa del momento, siguió una sonrisa irónica para manifestar:

—Lo imaginaba. Pero siento decirte, comandante, que no saldrás de aquí. Mis lanchas te tienen rodeado y apuntando sus cañones. La compuerta no será abierta y está también bien defendida. Así que lo mejor será que te entregues. Si antes de treinta segundos no lo haces, se sacrificarán muchas vidas humanas inútilmente.

—Lo siento, Zila, pero tu juego ha sido descubierto y tomadas las medidas pertinentes. Mira…

Y dirigiéndose al oficial que estaba próximo a él, le dijo:

—Teniente, emita la señal convenida.

Así lo hizo, y acto seguido una enorme explosión se produjo. El polvorín había saltado y, en consecuencia, desaparecido la isla pequeña y deteriorada la más grande.

A esta primera siguieron dos explosiones más.

James había situado el sumergible entre las dos lanchas rápidas que se aproximaban al guardacostas, siguiendo las instrucciones dadas por Zila a aquel individuo que se le acercó.

Las lanchas rápidas quedaron partidas en dos por efecto de los torpedos lanzados por el submarino.

Momentos después, la compuerta que impedía la salida o entrada del atolón, también volaba por los aires quedando expedita.

Louis le dijo a Zila:

—Y si quieres alguna demostración más, mira a tu alrededor.

En la cubierta del guardacostas aparecieron varios cañones y la marinería con armas automáticas dispuestos a repeler cualquier ataque.

Zila cayó anonadada en un asiento y no pudo pronunciar palabra.

* * *

La marinería se encargó de apresar a todos los compinches de Zila, y James se hizo cargo de toda la documentación comprometedora en que quedaba al descubierto todas las actividades de la banda de las estrellas malditas, así como sus agentes.

Una astronave en forma de estrella había amerizado en medio del atolón.

Turso, emocionado, abrazó a James, diciéndole:

—Gracias, amigo mío, en nombre propio y en el de Goru.

James correspondió al abrazo, para luego recordarle:

—Me prometiste decirme por qué se valían de las estrellas gigantes.

—Sí, es verdad. Todo fue idea de la mente maquiavélica de Zila. Los asteroideos gigantes desarrollan gran fuerza y son voraces como ellos solos. Los alimentó con cuerpos humanos y los controlaba con células sensibles que incorporaba en sus cuerpos. Detectaban a la perfección la presencia de un ser humano y se lanzaban contra él para devorarlo o simplemente por instinto de destruir. Este era el secreto, que ruego guardes. Las fórmulas serán destruidas para que no vuelvan a ser utilizadas con esos fines.

Posteriormente se despidieron de todos y fueron trasladados a la astronave Turso, el científico y la propia Zila, para emprender la ruta del planeta Estrilus, donde sería juzgada por sus semejantes.

Louis no quitaba el ojo de Lesley y le preguntó a James:

—Oye, «pececillo»... ¿Dónde has encontrado a esta sirena tan hermosa?

—¡Ah! Es un secreto profesional. No creas que los marinos sois los únicos privilegiados.

—¿Puedo besar a la novia?

—Con cuidado y sin extralimitarte. Te advierto que siente aprensión por los lobos de mar. Lesley protestó:

—Oye, jefe, tú eres muy magnánimo.

—Lo siento, Louis, pero he de imponerle mi castigo y la disciplina, es la disciplina.

Y sin más, la abrazó y le dio un beso ante la hilaridad de los allí presentes.

F I N